

LA GUERRA DE LOS PAÍSES BAJOS HASTA LA TREGUA DE LOS DOCE AÑOS¹

- WAR OF THE LOW COUNTRIE´S UNTIL THE TRUCE OF
TWELVE YEARS-

Federico Gallegos

Resumen: Poco después de acceder a trono de los Países Bajos, Felipe II vio cómo su política era contestada por todos los grupos sociales de estas tierras, tanto por la alta nobleza, que se veía desplazada de los puestos de gobierno, como por la baja nobleza, que quedaba fuera de los cargos, fundamentalmente eclesiásticos, que desde hacía siglos venía disfrutando, como por la burguesía que se encontraba sofocada por unos tributos cada vez más grandes y que limitaba los beneficios obtenidos por su actividad comercial y artesanal. Apoyados en las nuevas corrientes religiosas que desde principios de siglo habían surgido en Europa, los Países Bajos se rebelaron contra el Rey entrando en una dinámica de violencia que cristalizó en una guerra que duraría ochenta años, con un intervalo de tregua de doce años, guerra que comenzó siendo una revuelta contra la política religiosa y económica del Señor de estas tierras y que terminó alcanzando un verdadero carácter internacional, en especial en su última fase, en la que la política del Rey derivó de la represión militar al pactismo político, con diferentes etapas entre medias.

Résumé: Peu de temps après l'entrée de son accession au trône des Pays-Bas, Philippe II a vu que sa politique était se répondu par tous les groupes sociaux de ces terres , autant par la haute noblesse , qui se sentait déplacée des premières places du gouvernement , comme par la petite noblesse , qui restait hors des charges , principalement les ecclésiastiques que depuis plusieurs siècles elle en profitait, comme

¹ Recibido el 6 de diciembre de 2013, aceptado el 6 de mayo de 2014.

par la bourgeoisie qui était suffoquée par de impôts de plus en plus grands qui réduisaient les bénéfices obtenus de son activité commerciale et artisanale. Les Pays-Bas, s'appuyant sur les nouveaux mouvements religieux que depuis le début du siècle étaient surgis en Europe, se sont rebellés contre le roi, commençant une dynamique de violence qui conduisit á une guerre dont la durati3n a été de quatre-vingts ans, avec un intervalle de douze ans de trêve, cette guerre, qui a commencé comme une révolte contre la politique religieuse et économique du seigneur de ces terres et a acquis finalement un caractère véritablement international, en particulier dans la dernière phase, où la politique du Roi dérivé de la répression militaire au pacte politique, avec des différents étapes intermédiaires.

Palabras clave: Felipe II, Países Bajos, Guerra, Orange, Gobernadores de los Países Bajos, tercios españoles, Holanda, Flandes.

Mots-clés: Felipe II, Pays-Bas , de la guerre, Orange, gouverneurs des Pays-Bas , tercios espagnoles, Hollande, Flandre.

1.- Introducci3n

La Guerra de los Ochenta Años que enfrentó a los Países Bajos septentrionales y a la Monarquía Hispana entre los siglos XVI y XVII estalló tras una acumulaci3n de tensiones que durante años habían estado acechando. Mantener un territorio tan extenso y dispar, como el que formaba la Monarquía Católica no era tarea fácil y estaba destinado al fracaso tarde o temprano. Desde el reinado de Carlos V, el Imperio comenzaba a resentirse econ3micamente, afectando a una sociedad que ya de por sí arrastraba sus propios problemas y descontentos, y la abdicaci3n por parte de del emperador en su hijo Felipe no hizo sino desestabilizar aún más la situaci3n.

La historiografía de los últimos años, en especial la de origen anglosaj3n, ha destacado el papel del proceso holandés de los siglos XVI y XVII, concentrándose en su posible papel revolucionario, no

sólo de revuelta, y así para Tilly², la guerra de los Ochenta años sería un proceso de formación estatal de “intensidad capital”, considerando que la revuelta de los Países bajos no debe ser considerada como una simple revuelta, sino como una verdadera revolución, pudiendo ser considerada como el “modelo de revolución burguesa europea”³.

Se ha visto en la organización política y en los fenómenos culturales desarrollados en este periodo, en la Provincias Unidas, un elemento esencial para la comprensión del estado capitalista moderno, con una economía fuertemente orientada hacia el mercado libre, con una sociedad multicultural y tolerante en diferentes ámbitos como el religioso.

Uno de los elementos que en esta guerra alcanza un protagonismo importante es el de la propaganda, pudiendo afirmar que una de las peculiaridades de la Guerra de Flandes consiste precisamente en que es la primera en la que se utiliza la propaganda, especialmente por los rebeldes, en forma de folletines y publicaciones para atacar tanto al monarca como al gobernador; así la imagen especialmente negativa que tienen los habitantes de los Países Bajos, incluidos los católicos, acerca de los españoles, guarda mucha relación con esta propaganda, sin olvidar los altos niveles de violencia que en algunos momentos de la guerra se alcanzaron.

2.- Causas de la guerra

Los motivos que llevan a una guerra son siempre múltiples y variados. Podemos referirnos a un solo desencadenante, un hecho determinado que haga estallar el conflicto, pero lo más seguro es que lo que estuviese haciendo estallar, fuesen tensiones y problemas que estuviesen latentes desde tiempo atrás, y que se manifiestan en dicho conflicto. La guerra entre La Monarquía Hispana y los países Bajos no es ninguna excepción a esta regla, por lo que no podemos hablar de

² TILLY, C. (1993), *European Revolutions, 1492-1992*, Oxford

³ *Ibidem*, p. 94

una sólo causa, sino de todo un conglomerado de problemas y causas que en un momento estallaron en un conflicto bélico.

Varias son las causas apuntadas para explicar la sublevación de la que era una parte emblemática de los dominios de la Monarquía Católica, destacando especialmente la religiosa, siendo muchos los autores que sostienen que el proceso se debió a la defensa de la libertad religiosa reformada, contra el tridentismo católico que encarnaba Felipe II: Por el contrario, otros autores definen esta sublevación como una cuestión social, la revolución de unos territorios pertenecientes a una monarquía, que veían recortadas sus libertades por un rey absolutista al que no aceptaban⁴.

Para estudiar el origen del conflicto nos podríamos remontar a Carlos V, quien había recibido estos territorios como parte de la herencia borgoñona de los Augsburgo, y que abdicó en su hijo Felipe la corona de los mismos en 1555. Mientras a Carlos le respetaban y querían, no olvidemos que había nacido en Gante en 1500, y vivido en Flandes hasta 1516, año en que muere su abuelo Fernando y se traslada a España, para ser nombrado rey y recibir las coronas hispanas, rodeado por nobles flamencos, que configuraban su corte y su casa y por eclesiásticos también flamencos, que se encargaron de su formación, por lo que era visto como un flamenco más, sin que en ningún momento se le considerase extraño a esas tierras. Por el contrario Felipe, aún siendo “señor natural” de esas tierras, no fue considerado un soberano de la tierra, sino un extraño, que no hablaba la lengua flamenca y que no conocía las costumbres del país, agravándose ese sentimiento cuando en 1559 decidió instalarse definitivamente en Castilla, gobernando desde la lejanía estas tierras, dejando un Gobernador y unos consejos que actuaban en nombre de rey.

Sin embargo, no podemos simplificar la cuestión y debemos estudiar una serie de factores de distinta naturaleza que se dan en este proceso.

⁴ ECHEVARRÍA, M. A. (1998): *Flandes y la monarquía hispánica, 1500-1713*, Madrid, Ed. Sílex, p. 47

Factores políticos

El cambio de rey, de Carlos a Felipe, fue un hecho que trajo diversas consecuencias negativas, ya que éste no siguió los consejos de su padre, y no llegó a adaptarse a sus posesiones. Mientras que Carlos V fue un rey viajero, que por los diferentes intereses visitó a lo largo de su reinado sus territorios, Felipe II fue un rey sedentario, que, tras los primeros años de su reinado, decidió instalarse en Castilla, desplazándose muy poco desde entonces, por lo que dejó de estar presente en las posesiones europeas, en especial en Flandes.



Carlos I de Espada y V de Alemania abdica en favor de su hijo Felipe, en Bruselas, en presencia de sus hermanos Fernando y María. El agotado emperador se apoya en el hombro de Guillermo de Nassau, príncipe de Orange. (Grabado de G. Bouttats. Biblioteca Nacional. Madrid.)

La concepción patrimonialista que tenía Carlos sobre sus posesiones no consiguió transmitirla a su hijo Felipe, especialmente en relación con Flandes; así cuando Felipe intentó ciertas transformaciones, sobre esta base política, sólo consiguió crear

inseguridad y desconfianza. Carlos sufrió una indiscutible evolución política que su hijo Felipe no supo ver, por lo que experimentó la reacción violenta de los flamencos, al no percatarse de los aires renovadores que corrían, queriendo imponer unos modos políticos que no eran ni los que habían servido hasta entonces, ni los que exigían los tiempos modernos.

También hay que destacar que Felipe, aun siendo el señor natural de estas tierras, era un extraño, había nacido en Valladolid y no sabía hablar la lengua del país, ni conocía las costumbres; así se manifestó en 1555 cuando en Bruselas, en la jornada de abdicación de Carlos V en Felipe II, éste no pudo dar su discurso en la lengua de la tierra, teniendo que ser traducido por el conde de Egmont.

Cuando Felipe II accedió al trono de los Países Bajos, éstos eran diecisiete provincias que no estaban unidas sino desde hace muy poco tiempo, bajo una misma soberanía y una estructura política común, con una singularidad, ya que unas dependían del reino de Francia, otras del Sacro Imperio y otras eran totalmente independientes, por ello Carlos creó la figura de un Gobernador General que estaba auxiliado por tres consejos, el de Estado, el Privado y el de Hacienda. Además, los privilegios de aquellos Estados establecían que sólo podían ser gobernados por su señor natural, y en su ausencia, debían ser gobernados por un miembro de su familia, nunca por un extraño.

El único organismo, junto con el Gobernador, cuyas competencias abarcaba todo el territorio, eran los Estados Generales, organismo formado por un conjunto de embajadores provinciales que se reunían para hacer peticiones al Príncipe y escuchar las peticiones que éste les hacía, en especial las tocantes a tributos y prestaciones.

Cada provincia individualmente constituía una comunidad política semi-independiente, por lo que formaban entre ellas ligas para desarrollar políticas comunes o para solucionar temas concretos, siendo su máximo órgano representativo los Estados Provinciales, que eran los que mandaban sus representantes a los Estados Generales. En cada provincia existían bandos enfrentados por el poder, en unas eran

los diferentes grupos del patriciado local los que se enfrentaban, en otras el enfrentamiento era entre los diferentes gremios o corporaciones artesanales con más poder y en otros el conflicto era entre la nobleza rural y la burguesía urbana.

Los focos de poder de los Países bajos se articulaban en el triángulo Príncipe-nobleza-ciudades. Carlos V supo aprovechar el conflicto existente entre nobleza y ciudades para reforzar su poder. Desde 1550 los Estados Provinciales fueron reforzando el poder de los Estados Generales, produciéndose una paradoja, se da a la vez un fortalecimiento del poder del Príncipe y el de los Estados Generales.

El que en 1559 Felipe II decidiera instalarse en Castilla, supuso que el gobierno quedaba en manos de la Gobernadora general, Margarita de Parma, y de un Consejo de Estado, en donde estaban representados los más notables de la nobleza flamenca, cuya misión primordial era la de aconsejar a la Gobernadora. En este Consejo Felipe II nombró como representante suyo al cardenal Granvela, que se convirtió en la persona con mayor influencia sobre la Gobernadora, produciendo una pérdida de influencia y poder del resto de consejeros. Guillermo de Nassau, Príncipe de Orange, se convirtió en el mayor opositor de este sistema de gobierno, enfrentándose principalmente con el cardenal Granvela, no tanto por cuestiones religiosas, como se dice a veces, como por la pérdida de influencia en el gobierno.

El cardenal Granvela no hizo sino continuar con la política iniciada por Carlos V, consistente en disminuir el poder de la nobleza, y así en 1561 el enfrentamiento Nassau-Granvela se puede considerar como un enfrentamiento nobleza-monarquía, ya que los nobles se sentían relegados de los puestos claves de la administración, siendo Orange quien lideró este malestar, focalizando su disgusto en Granvela, como consejero personal del rey Felipe. Este enfrentamiento cristalizó en 1564, cuando el cardenal fue obligado a salir del consejo de la Gobernadora Margarita de Parma, como un intento de eliminación de un obstáculo para obtener la cooperación con la alta nobleza flamenca.

Todo este conflicto provocó un alejamiento entre el rey y el pueblo, a lo que habría que añadirle la ausencia continuada del monarca de esas posesiones, que suponía verdaderas dificultades de gobierno; en primer lugar porqué la regencia llevada a cabo por la gobernadora y el Consejo de Estado, suscitaba rivalidades internas, y además su actuación se veía limitada, especialmente porqué la autoridad última residía en el rey; en segundo lugar porqué se producía un constante retraso en la adopción de medidas administrativas ya que se perdía mucho tiempo en la ratificación real, que en muchos casos llegaba a destiempo, aumentando los conflictos y provocando un aumento del descontento. A todo ello hay que sumarle, según manifiestan algunos autores, el acusado declive en que habían entrado los Estados Generales¹.

El nombramiento como gobernador de los países Bajos de Don Pedro Álvarez de Toledo, III Duque de Alba, agravaba las tensiones, ya que rompía con los privilegios que establecían que estos Estados debían ser regidos por su señor y en su ausencia por alguien de su familia, lo que se había mantenido con la gobernadora Margarita de Parma, que era hija de Carlos V y hermanastra de Felipe II, dándose además el hecho de que era natural de estas tierras, ya que había nacido en 1522 en Oudenaarde.

En un primer momento la resistencia de este movimiento revolucionario era de estilo antiguo, basado en la reivindicación de derechos de los nobles como clase privilegiada, sin embargo el que en 1572, los Estados Provinciales de Holanda declarasen unilateralmente que poseían el derecho de reunirse sin la autorización del príncipe, y tomar decisiones propias, dio a entender que se trataba de todo lo contrario, dejando ver las primeras manifestaciones de modernidad en este movimiento, el asentamiento de las primeras bases territoriales y el nacimiento de un incipiente sentido proto nacionalista. En los Países Bajos se fue dando un desarrollo ideológico, con una variedad

¹ GIMENO VIGUERA, J. M., GÓMEZ RIVAS, F.A., GUIRAO DE VIerna. A. (1982) “Un estudio comparativo: las Comunidades y la independencia de los Países Bajos (factores desencadenantes)”, *Cuadernos de Historia Contemporánea*, nº 3, pp. 231-257, UCM, Madrid., p. 237.

de ideologías, donde las ideas se irán adecuando a los hechos y circunstancias².

Entre los diferentes factores políticos, no podemos considerar al nacionalismo como elemento determinante; según Smit³ el sentimiento nacionalista era muy impreciso, no se había convertido en la expresión de las ideas comunes a un pueblo, en un proyecto colectivo que aunase las diversas fuerzas de los Países Bajos, siguiendo las palabras de Ortega. Tampoco podemos señalar la libertad como el factor ideológico que impulsase el movimiento, ya que era vista de diferente manera por nobles y por comerciantes o en las ciudades y el campo. En estos momentos, tan solo la religión tenía la importancia suficiente para influir ideológicamente en los habitantes de los Países Bajos, tanto de los católicos como de los protestantes, encontrándose con una radicalización en los dos bandos.

Factores económicos

La situación financiera de los Países Bajos era muy delicada, ya que las obligaciones de la enorme deuda del gobierno, legada de las guerras francesas, se tragaba las rentas ordinarias de las provincias más los 800.000 florines anuales de la concesión hecha durante nueve años por los Estados Generales. De otra parte, las tropas y la oficialidad seguían sin recibir sus pagas, y la autoridad del Gobierno en el país se derrumbaba peligrosamente. Margarita tenía que recurrir a los Estados para que le dieran ayuda financiera. Nobles y patricios se oponían a un sistema impositivo más justo⁴, reivindicando el mantenimiento de un gran número de privilegios personales que hacían recaer los esfuerzos tributarios en campesinos y burgueses.

² PARKER, G. (1989): *España y la rebelión de Flandes*, Ed. Nerea, Madrid, pp. 51-53

³ SMIT, J.W. (1972) “La revolución en los Países Bajos” en *Revolución y rebeliones de la Europa Moderna*, Alianza Editorial, Madrid

⁴ KOENIGSBERGER, H. C.: “La Europa Occidental y el poder español”, en *Historia del mundo moderno* de Cambridge, t. III, Barcelona, 1978, p. 198

Uno de los objetivos principales de Felipe II al enviar al duque de Alba fue hacer que las provincias sufragasen sus propios gastos. En marzo de 1569, Alba persuadió a los Estados Provinciales de que votaran tres impuestos nuevos: el centésimo, el vigésimo y el décimo. El primero fue puesto pronto en vigor, pero los otros dos produjeron una oposición tan viva que Alba tuvo que aceptar en su lugar un subsidio de cuatro millones de florines a pagar en dos años. Pese a que los ingresos superaron los cálculos iniciales, los Países Bajos no llegaron a autofinanciarse a lo largo de este periodo. La amenaza de otro impuesto, todavía más pesado, originó un vasto movimiento de simpatizantes con los «Mendigos» y con el príncipe de Orange cuando invadieron los Países Bajos en la primavera de 1572⁵. El pueblo, que se había mantenido neutral y a la expectativa durante la rebelión de 1566, se levantó en ayuda de los enemigos del Gobierno en 1572. Su reivindicación principal era el décimo: «la causa de todos nuestros males», como señalaba un desesperado realista algunos años más tarde⁶.

La masa popular se veía exprimida por el Estado y sumida en la inflación, a lo que pronto se sumaría el descontento de los hidalgos y otros sectores privilegiados, con la supresión del encabezamiento y al dejarse de ofrecer la recaudación de las alcabalas al mejor postor, lo que dejaba fuera de un sistema que proporcionaba pingües beneficios a algunos miembros de estos grupos sociales⁷. Por otro lado, las tropas y la oficialidad seguían sin recibir sus pagas, resintiéndose el comercio local de las ciudades donde residían las tropas.

En los Países bajos, la industria textil, especializada en la producción de paños de lana de alta calidad, era la ocupación de una buena parte de la población, tanto en su fabricación como en su comercialización. Estos burgueses y artesanos se veían afectados por la crisis económica que asolaba el país, y por qué no se sentían

⁵ LORENZO PINAR, J. M. (2007): Op. Cit., p. 140

⁶ PJoT: *Correspondance de Granvelle*, IV, Pp. 894-5, manuscrita por Hoppens de una carta de Felipe II a Alba, febrero de 1572.

⁷ LORENZO PINAR, J. M. (2007): *Tolerancia y fundamentalismo en la historia*. Ed. Universidad de Salamanca, Salamanca, pp. 134-138

protegidos por el rey Felipe II frente a la llegada de paños ingleses, viendo cómo se frenaba el desarrollo de sus posibilidades productivas y menguaban sus grandes beneficios; por ello, tuvieron una participación crucial en los levantamientos, desde sus primeros momentos

A partir de 1572, la recogida de los impuestos de Alba era un caos. Al erario central no volvieron a llegar más ingresos procedentes de impuestos. Las provincias eran sangradas por los soldados, que al no recibir sus pagas tomaban de la población lo que necesitaban; y aunque, en teoría, el pillaje de las tropas era controlado y registrado por los oficiales de contribución fiscal y descontado de lo que cada región debía pagar a cuenta de los tres impuestos, en la mayoría de las regiones el sistema resultó un fracaso. Puede suponerse, con este sistema de recaudación, la impopularidad que alcanzó Alba y con él, la ocupación⁸.

Factores sociales.

Los Países Bajos tenían una estructura social idéntica a la del resto de Europa Occidental a mediados del siglo XVI, con un clero y una nobleza privilegiadas, con una división territorial compleja, con un campesinado muy alejado de la vida política y social y con una burguesía que reclamaba más poder político y no se conformaba con aportar recursos sin participar en la toma de decisiones.

Sin embargo, una de las características peculiares de estas tierras era el gran desarrollo de la burguesía, en un país muy urbano que, gracias a la producción y comercio de paños, había ido desarrollándose desde hacía siglos.

En la rebelión de los Países Bajos no existe uniformidad en la actuación de la nobleza, primando un fraccionamiento en su actuación, determinado por el tiempo y las circunstancias individuales de cada

⁸ PARKER, G.(1976): *El ejércelo de Flandes y el Camino Español (1567-1659)*, Madrid, p. 181.

uno. En los primeros momentos de esta revuelta, con la Gobernadora Margarita de Austria, se fomentaron las revueltas populares con intención de beneficiarse de las mismas, pero lo que se consiguió fue plantar la semilla de la escisión en bloques de la nobleza. Cuando llegó el Duque de Alba y su actuación, reprimiendo los levantamientos, empezó a afectar a las vidas de destacados nobles, la semilla germinará y se producirá la definitiva escisión de la aristocracia: los más conservadores se pondrán al lado de la monarquía hispana, mientras que los demás se inclinarán hacia la revuelta, participando de todas las pretensiones de quienes participaban en la misma.

La alta nobleza, donde destacan figuras como Orange, Egmont y Horn, se caracterizaba por haber sido grandes servidores del rey, y haber ejercido las más altas funciones militares y políticas de la monarquía; en los primeros momentos de la revuelta jugaron un papel no muy claro, con expectativas de reconciliación y acuerdo con el rey. Por su parte, la mediana nobleza, que también había participado en la vida pública de la Monarquía, fue quien jugó un papel importantísimo en los primeros momentos de la rebelión, así Nassau, Marnix y Brederode, rechazaron desde muy pronto el dominio de un rey al que consideraban extranjero; esta coincidencia contrastaba con que no compartían una misma fe religiosa, ya que Nassau era luterano, Marnix calvinista y Brederode católico.

Otra escisión que se produce en este proceso es la que se da entre el campo y la ciudad. En estos ámbitos la situación es muy diferente, ya que en el campo sigue vigente un orden de origen y naturaleza feudal y señorial, mientras que en las ciudades emerge un orden con tendencias económicas y sociales opuestas al señorial, teniendo una necesidad de plasmar su singularidad en una organización propia que se caracteriza por la autonomía jurídica y política. En el campesinado había un sentimiento anti señorial latente, que aprovecha cualquier oportunidad para alterar el orden social existente.

La madurez de la estructura social de las Países Bajos, la homogeneidad de sus componentes sociales, sobre todos de la

burguesía, permitieron que se dieran las condiciones que llevaron a una acción que, como hemos dicho, puede ser calificada de revolucionaria, con un vigor suficiente como para quebrar la estructura de poder. En este proceso se puede apreciar por primera vez, el triunfo del orden urbano frente al señorial.

Factores religiosos.

Son muchos los historiadores que señalan al factor religioso como el principal desencadenante de este conflicto. Ciertamente es que en el conflicto de los Países Bajos las cuestiones religiosas tuvieron una importancia considerable y una naturaleza muy diversa, que va desde la oposición a la implantación de la inquisición, la exigencia de libertad de culto y creencia, hasta la reforma de los obispados. La religión se convirtió para los Países Bajos en una bandera de la independencia nacional, entremezclándose elementos de naturaleza propiamente religiosos con otros de naturaleza social y política⁹.

Las medidas represivas contra las herejías no fueron una novedad de Felipe II, ya las había puesto en marcha Carlos V durante su reinado, quien trató de imponer en estos estados la Inquisición al estilo español, encontrando resistencia en todos los estratos sociales, que le señalaban que en los Países Bajos no había necesidad de ella pues no había el problema de los judíos conversos, ante lo que el Emperador decidió que fuesen otro tipo de tribunales los que ejerciesen esa misma función, pero con medidas de igual rigor: quema de los pertinaces, degollamiento de los reconciliados y confiscación de los bienes de todos los herejes. El propio emperador lo cuenta en una carta a su hija Juana:

Y así, después de haber habido algunas demandas y respuestas, se tomó por medio de hacer una orden en que se declarase que las personas de cualquier estado y condición que fuesen, que incurriesen en alguno de estos casos allí contenidos, ipso facto fuesen quemadas y confiscadas su

⁹ PARKER, G. (1989): *España y la rebelión de Flandes*, p. 218

*hacienda; para cuya ejecución se nombraron ciertas personas, para informarse, adquirir y descubrir los culpados, y avisar dello a las justicias en cuya jurisdicción los tales estuviesen, para que, averiguada la verdad, quemasen vivos a los pertinaces, y a los que se reconciasen, cortases las cabezas, como se ha hecho y executa...*¹⁰

Añadiendo el siguiente comentario

...aunque lo siento, y no sin alguna razón, por ser tan riguroso mandato...

Las medidas, crueles, no eran distintas de las aplicadas por Enrique VIII de Inglaterra. Como señala Fernández Álvarez, era la orden severa del señor natural y como tal se acataba, pero bajo Felipe II era una orden insufrible, ya que era dada por un rey considerado extranjero que reinaba desde lejos¹¹.

Cuando en 1559 Felipe II se marchó de Flandes los movimientos evangélicos que se habían ido desarrollando en Europa Occidental no habían adquirido importancia en estas tierras, si bien había algunos grupos de anabaptistas y calvinistas, pero como hemos dicho, sin una importancia social considerable; los luteranos por su parte no tenían casi implantación. Algunos nobles como Guillermo de Nassau, casado con la hija del luterano príncipe de Sajonia, eran partidarios de aplicar en sus territorios una política de tolerancia similar a la alcanzada con la Paz de Augsburgo de 1555 para el Imperio.

Los malestares surgieron en 1561 cuando Felipe II recibió una bula papal por la que se autorizaba a la reforma del episcopado

¹⁰ Carta de Carlos V a Juana de Austria, Yuste 25 de mayo de 1558 (FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, M. (1973-1981), *Corpus documental de Carlos V*, edición crítica, Salamanca, 5 volúmenes), citada por FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, M. (1998), *Felipe II y su tiempo*, Editorial Espasa, Madrid, pp. 374-375

¹¹ FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, M, (1998) Op Cit. p. 375

flamenco, creándose catorce nuevas diócesis, que se sumarían a los tres ya existentes, y en la que se adjudicaba a la Corona el derecho de elección detentado hasta la fecha por los cabildos catedralicios, que al estar en manos de la nobleza local, suponía que era ésta la que controlaba la iglesia flamenca. Así se manifestaba el propio Granvela quien señalaba que no era lo mismo ser uno de los tres grandes obispos del país que ser uno de los diecisiete medianos¹². A ésta pérdida de poder en el nombramiento de los nuevos obispos, habría que añadir que, siguiendo los planteamientos del Concilio de Trento, los obispos serían nombrados de entre religiosos con preparación y seguidores de los planteamientos tridentinos, con el objetivo de llevarlos a la práctica en las iglesias locales.

La creación de nuevos obispados suponía a su vez la adjudicación a los mismos de nuevos recursos, que fueron obtenidos principalmente de las grandes abadías y monasterios, que también estaban controlados por la nobleza local, ya que la mayoría de los abades y priores eran hijos segundones de los nobles flamencos.

Este plan de reestructuración diocesana resultó muy impopular y los abades se alzaron contra la pérdida de independencia y de rentas, apoyados en su planteamiento por una nobleza que veía como se les privaba de carreras y rentas suculentas, que ahora caían en manos de juristas y teólogos, en muchos casos pertenecientes a órdenes religiosas, que no tenían vinculación con dicha nobleza. El clero también luchaba por mantener sus intereses, en especial en el ámbito fiscal y en la exclusividad de reparto de beneficios eclesiásticos y obispados, para naturales

No obstante, el hecho que más oposición y rechazo provocó fue la promulgación por Felipe II, el 17 de octubre de 1565, del decreto de implantación de los decretos del Concilio de Trento, en especial por la implantación de la Inquisición y la no aceptación de otra religión que no fuese la católica, por lo que no se admitía la libertad de culto que pedían algunos sectores sociales.

¹² *Ibidem*. p. 378

En las asambleas de los Estados provinciales los diputados insistieron en que se realizara una política religiosa más liberal y que estos temas fueran tratados en los Estados Generales. A esta propuesta se sumaron miembros de la pequeña nobleza que habían formado la “Liga de Compromiso”, con el objeto de inducir a la gobernadora para que se aboliera la inquisición y se moderaran las persecuciones de los “herejes”. Las propuestas planteadas se pueden resumir en tres puntos: primero, que no se estableciera la Inquisición española, segundo, que hubiese una mayor tolerancia religiosa y una moderación de los edictos contra los herejes y, tercero, el levantamiento de muchas penas. La respuesta de Felipa II fue decir que el establecimiento de la Inquisición no era competencia real, sino del papa, y por lo tanto no podía hacer nada; y en cuanto a la persecución de herejes, ésta no cesó, ya que contrariaba todo el planteamiento religioso de Felipe II quien se negaba a “ser un rey de herejes”.

La tensión religiosa fue en aumento, el rey no cedía y los protestantes iban progresando y perdiendo el miedo a actuar públicamente. En este proceso, al ver que las medidas reales no se aplicaban con total rigidez; los calvinistas se radicalizaron, frente a las medidas impuestas por el rey, y en el verano de 1566 varias iglesias católicas fueron saqueadas y algunas de ellas destruidas e incendiadas, e incluso religiosos, frailes y monjas, y seglares fueron perseguidos y asesinados, provocando la indignación del rey.

La revuelta de los Países Bajos hizo suyos los principios calvinistas, aprovechando y utilizando en su favor un fervor religioso que se extendía entre las clases populares, más seguidoras en un principio del anabaptismo, poniéndose a la cabeza del movimiento que le va a procurar la dirección de la sociedad, produciéndose una sustitución de la nobleza como grupo referencial y dominante de la sociedad, e introduciendo una mentalidad puritana que facilitaba la actividad económica de la burguesía. En los países Bajos se produjo una ruptura que impulsaba la ascensión de la burguesía en el marco de las monarquías europeas, que tendían al absolutismo.

3.- Los inicios de la guerra: detonantes directos

Durante el siglo XVI, la España de los Habsburgo era el estado más poderoso del occidente europeo. Las rentas, dominios y tropas de los monarcas hispanos, sobre todo en la época de Carlos V y Felipe II, eran los mayores entre todas las naciones europeas. Sin embargo, durante esta *etapa*, el Imperio también tuvo que afrontar grandes enfrentamientos con Inglaterra, Francia y los otomanos, debido, sobre todo, a las posesiones de la monarquía hispana en Europa y el Mediterráneo. Como apunta Parker, aunque la capacidad de los reyes hispanos fuese mayor que la de las otras potencias, no podía permitirse luchar contra los tres enemigos al mismo tiempo, por lo que debía priorizar en la defensa exterior para que los recursos no se agotasen¹³.

Aunque la mayoría de la doctrina resalta el factor religioso como el de mayor importancia en la revuelta de los países Bajos, hay autores, como el belga Ernest Gossart, que sostienen que los factores políticos y económicos son los que despuntan en este conflicto, explicando el mismo a partir de las relaciones políticas y económicas entre los Países Bajos y España¹⁴. Siguiendo esta misma teoría Pierre Chaunu sostiene que especialmente en la primera etapa bélica, la política española en los Países Bajos, y por consiguiente la guerra, estuvo muy condicionada por la economía hispana, haciendo especial hincapié en el comercio con América¹⁵.

Entre 1559 y 1566 encontramos un periodo al que los historiadores holandeses denominan *Voorspel* (preludio), en el que las tensiones entre la Corona y los Países Bajos van aumentando, complicándose las diversas cuestiones, políticas, económicas y

¹³ PARKER, G. (1986), *España y los Países Bajos (1559-1659)*, Editorial Rialp, Madrid, pp, 19-20.

¹⁴ GOSSART, E. (1905) *Espagnols et Flamands au XVI siècle: l'établissement du régime espagnol dans les Pays as et l'insurrection*, Bruselas, p. 11.

¹⁵ CHAUNU, P. (1960) "Séville et la Belgique, 1555-1648" en *Revue de Nord*, num. XLII, pp. 259-261.

religiosas, cada día más, condicionado todo ello, según algunos autores como Chaunu, por la economía, pudiéndose definir esta época como “una dificultad de la coyuntura económica”¹⁶.

En menos de dos décadas, la deuda pública de los Países Bajos se disparó, pasando de medio millón de florines en 1550 a diez millones en 1565; aumentando cada año en medio millón de florines la deuda de estas tierras.¹⁷

A partir de 1559, Felipe II tuvo que mandar anualmente fondos para mantener el presupuesto de gobierno de los Países Bajos, y así entre 1561 y 1567 España mandó a Flandes alrededor de 5.700.000 florines; no obstante, el envío de este sufragio no consiguió que el déficit y la deuda se redujeran, y por consiguiente calmar las quejas de la población.

El que en la frontera occidental de los Países Bajos siguieran acantonadas tropas españolas, que habían sido establecidas allí por la guerra con Francia, para defender estas tierras de posibles ataques del francés, provocó un malestar en la población, especialmente en los comerciantes, ya que suponía un aumento en los gastos por su manutención¹⁸. En 1560 el rey accedió a la retirada de las tropas españolas de los Países Bajos. Esta retirada no se producía sólo por acceder a las peticiones flamencas, sino más bien por la necesidad de contar con estas tropas en otras tierras de la monarquía, concretamente en Italia, a donde fueron trasladadas, para defender el flanco sur de la monarquía del peligro turco en el Mediterráneo. La gobernadora se quedó sin más tropas que las reclutadas entre naturales del país.

La situación económica, con años de malas cosechas y bajada considerable del comercio, debido a las tensiones con Inglaterra y los territorios del norte de Alemania, así como por la guerra con Francia, se vio agravada por la guerra entre Suecia y Dinamarca, que cerró el

¹⁶ *Ibidem.* p. 265.

¹⁷ PARKER, G, (1986). *Op. Cit.*, p. 23.

¹⁸ PARKER, G. (1985) *El ejército español de Flandes y el Camino Español (1567-1659)*, Alianza Editorial, Madrid, pp. 28-29.

mar Báltico al tráfico marítimo; los precios de los productos manufacturados bajaron de manera tan grande que influyeron en los sueldos de los trabajadores; también se produjo una disminución del comercio de los productos de paño flamenco, de alta calidad y valorados en toda Europa desde tiempos medievales, gracias a la lana merina procedente de Castilla y a las manufacturas flamencas, ya que entraron en escena los paños ingleses que competían con los flamencos. Así, con todo ello, aparece el hambre y la desesperación en la población, lo que es aprovechado por los calvinistas, que aparte de las cuestiones doctrinales, denunciaban la situación de derroche y gastos que realizaba la Iglesia Católica, atrayéndose a una gran parte de esta población desesperada por su situación económica, llegando a los saqueos de agosto de 1566 que serán el último detonante de la revuelta¹⁹.

En 1564, tras la destitución de Granvela como miembro del Consejo de Estado de los Países Bajos, se produjo un cierto vacío de poder en este órgano. El nuevo Consejo de Estado estaba formado por miembros de la Alta Nobleza, pero había visto cómo a lo largo del reinado de Felipe II había ido perdiendo facultades de Gobierno, por lo que reclamaban más autonomía respecto de la monarquía y una subordinación de los otros dos consejos, el de Hacienda y el Consejo privado, supremo órgano judicial de estos Estados, y que dependían directamente de la corona por lo que el Consejo de Estado no podía tomar decisiones sobre su funcionamiento ni sobre las cuestiones concernientes a ellos.

Desde tiempos del Emperador Carlos los miembros del Consejo de Estado actuaban como lugartenientes del rey, *stadhouders*, ejerciendo su función de una forma bastante independiente en cada una de las provincias; con Felipe II estos lugartenientes perdieron gran parte de sus funciones, debido fundamentalmente al control ejercido por el Cardenal Granvela, por eso, tras la reforma del Consejo de 1564, los *stadhouders* aspiraban a retornar a la situación de tiempos de Carlos V, y así controlar los diferentes campos administrativos de su

¹⁹ FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, M. (1998), p. 381

provincia, entre los que se encontraba el del ejército provincial y el nombramiento de ciertos cargos provinciales.

Los *stadhouders* también reivindicaban la supresión de las reformas introducidas por los decretos filipinos, la reestructuración de los obispados de estas tierras, y la creación de los tribunales diocesanos de la inquisición. No sólo por cuestiones puramente religiosas, sino también por la pérdida de poder que suponía la creación de estos nuevos catorce obispados, que además eran nombrados por el rey, no por los cabildos catedralicios como venía siendo, de entre religiosos formados en la universidad, y en igual sentido, los nuevos tribunales de la inquisición tenían competencias en materias que hasta el momento lo eran de la jurisdicción civil de cada provincia.

El contenido del decreto filipino de implantación de los cánones tridentinos era de tal naturaleza que sólo posibilitaba dos posturas, el acatamiento sin más o la rebelión. No obstante los miembros del Consejo de Estado seguían queriendo negociar con el rey, para volver a una situación lo más parecida a la existente en tiempos de Carlos V, proponiendo la disolución de los tribunales de la inquisición, una libertad religiosa, que evitase la proclamación como hereje de todo el que no siguiese la doctrina católica, y por lo tanto que no se aplicases las severas penas que acarrearía tal declaración, y la devolución de competencias a las provincias y a sus representantes, los *stadhouders*. Para ello se mandó una comisión a la corte de Madrid para presentar sus propuestas al rey Felipe. Esta comisión estaba encabezada por uno de los principales representantes de la alta nobleza local, el conde de Egmont, primo del rey, por parte de madre, y que desde los primeros momentos de la monarquía filipina había ocupado los más destacados cargos, así había representado al propio rey en la ceremonia de su boda con María Tudor en 1554, y había sido uno de los más importantes militares, destacando sus victorias frente a los franceses en San Quintín, en 1557, y en Gravelinas, en 1558.

Tras entretener durante varios meses a Egmont en la corte, agasajándole con todo tipo de halagos y gracias, el rey aceptó crear una comisión de eclesiásticos que, aunque seguirían luchando contra

la herejía, aminorarían el rigor ejercido por los inquisidores diocesanos. Egmont comunicó a los miembros del Consejo de Estado que el rey implícitamente avalaba todo lo propuesto por ellos, sin embargo todo fue una farsa del Rey, ya que en documento notarial, oculto, manifestaba que lo acordado se había hecho bajo presión, por haberse visto obligado a ello, sin ser su verdadera voluntad²⁰.

Esta postura ambigua de Felipe dio origen a dobles versiones, agravándose la situación con las cartas que el rey mandaba a su hermana Margarita, cuyo contenido era diverso de lo que transmitía el propio Egmont; así la gobernadora se encontraba en una situación difícil a la hora de actuar. Por ello escribió a su hermano el rey, solicitándole que aclarase su posición sobre el conflicto, ya que en carta fechada el 13 de mayo el rey comunicaba que la situación debía permanecer como hasta el momento, mientras que el conde de Egmont sostenía que había oído de labios del propio rey que éste cedía a las pretensiones de los Estados Generales de los Países Bajos. No obstante la urgencia que planteaba la gobernadora, la situación exterior de la monarquía, especialmente por el asedio de los turcos de la isla de Malta desde mayo de 1565, distraían la atención del rey, no haciendo caso ni siquiera de las cartas que mandaba Armenteros, secretario de la gobernadora, en las que se expresaba el temor a que los tumultos se extendiesen por Flandes si Felipe II no aclaraba rápidamente cual era su actitud respecto al estatus político de los Países Bajos. Sin embargo el rey no contestó hasta el 17 de octubre, ratificándose en su postura, esto es, en la aplicación de los *placarts* en los que se establecía la instauración de la Inquisición²¹.

Antes de que se redactase esta carta por Felipe II, en el verano de 1565, el Consejo de Estado de los Países Bajos, siguiendo el

²⁰ FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, M. Op. Cit, p. 387.

²¹ MENDOZA, DE, B. (1591), *Comentarios de don Bernardino de Mendoza, de lo sucedido en la Guerra de los Países Bajos, desde el año de 1567 hasta el de 1577*. Madrid. folio 13v. Copia digitalizada, http://books.google.es/books?id=54G5MclHRpUC&q=rebeldes&hl=es&source=gbs_word_cloud_r&cad=4#v=snippet&q=rebeldes&f=false, consultada el 24 de enero de 2014.

informe de Egmont, se había hecho cargo de la administración y control de todos los asuntos públicos de la región, por ello, la carta real provocó un malestar grande entre los miembros del consejo, en especial entre los más cercanos a las posturas contrarias a la actuación del rey. Felipe II reafirmaba su apoyo a la inquisición diocesana y nombraba como nuevo miembro del Consejo de Estado al duque de Aerschot, noble muy cercano a las posturas de la monarquía y contrario a Egmont, también se paralizaba el sometimiento del Consejo Privada y del de Hacienda al Consejo de Estado.

Estas medidas reales no eran esperadas, sobre todo tras el regreso del conde de Egmont y la información que transmitió, por lo que causaron un gran malestar entre gran parte de la alta y de la baja nobleza, y fueron el detonante de nuevas revueltas y enfrentamientos²². Una parte de la nobleza regional que, con los cambios que se habían hecho al creer que el rey compartía sus reivindicaciones de una mayor autonomía ejecutiva, había empezado a participar en la administración de los asuntos públicos, mostró su malestar, formando una unión materializada en el “Compromiso de Breda”, en donde planteaban una serie de agravios del rey y exigían a la regente que anulase la aplicación de los *placarts* relativos a la implantación de la inquisición y a la reordenación de los obispos de los Países Bajos.

A comienzos de 1566 la tensión iba en aumento y la situación se hacía cada vez más complicada. En abril de este año, centenares de los firmantes del Compromiso de Breda se presentan en Bruselas ante la gobernadora y le presentan de forma amenazadora, sus exigencias. Intentando quitar importancia a estos miembros de la baja nobleza se les llamó *gueux* (mendigos), término utilizado por ellos mismos desde ese momento, empezando así, según Fernández Álvarez, la utilización de la propaganda como un medio más de esta revuelta²³.

Temeroso de que los levantamientos se extendiesen por todas las tierras de esta región, Felipe II se vio obligado a rectificar en sus

²² CHAUNU, P. Op. Cit, pp. 270-271.

²³ FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, M. Op. Cit, p. 381.

resoluciones. Aunque su hermana Margarita era contraria a la suspensión de la inquisición en los Países Bajos, el rey la instó a mitigar los *placarts* contra la herejía. Esta reacción de Felipe II vendría dada por la necesidad de centrarse en el Mediterráneo y la lucha contra los turcos²⁴, en este sentido Parker sostiene que aunque la Monarquía Hispánica era la primera potencia europea, no era capaz de mantener varios frentes abiertos a la vez, siendo en este contexto en el que se dieron estas concesiones a los rebeldes flamencos²⁵. Pero las nuevas medidas, que suavizaban el rigor de las anteriores, llegaron demasiado tarde, pues no se empezaron a aplicar hasta julio de 1566, no logrando pacificar el ambiente ni paliar el descontento de los naturales de los Países Bajos.

Los rebeldes seguían queriendo llegar a una solución pacífica y seguían confiando en la negociación como medio para resolver el conflicto y evitar así más desórdenes y problemas. Por ello se mandó al barón de Montigny a Madrid para presentar sus demandas ante el rey, quien le recibió muy amistosamente, aunque no le dio una respuesta concreta, y tras los graves conflictos del verano de 1566, fue detenido, echado en prisión y ejecutado en secreto.

Las rígidas medidas establecidas por Felipe II, vigentes hasta julio de 1566, no se aplicaban en sus extremos, por lo que los rebeldes se iban envalentonando, en especial los calvinistas, que de realizar sus cultos y prédicas en sitios apartados y escondidos, se habían atrevido a presentarse en las ciudades sin ningún miedo de represalias.

²⁴ En mayo de 1565 los otomanos de Solimán pusieron sitio a la isla de Malta, ante lo que Felipe II reaccionó mandando galeras y hombres en su apoyo, consiguiendo que tras varios meses de sitio la isla resistiese y no cayese en manos turcas. Sin embargo al año siguiente la situación cambió y así, en junio de 1566 las tropas del sultán turco se hicieron con la isla de Quios, en manos de la república de Génova, alertando a Felipe II ante la intención de querer hacerse con más islas del Adriático, por lo que no podía distraer tropas de Italia para sofocar las revueltas de Flandes.

²⁵ PARKER, G. *España y los Países Bajos*, pp. 29-30



Asesinato y descuartizamiento de religiosos católicos

El 14 de agosto de 1566, víspera de la festividad de la Asunción de la Virgen, grupos de calvinistas incontrolados asaltaron la iglesia de Saint-Omer, y el día siguiente se multiplicaron los asaltos, incluso en la ciudad de Amberes, llevándose a cabo saqueos, destrozos, quemas de templos, así como persecución y asesinato de católicos, en varias localidades. Estas actuaciones cogieron de improviso a la gobernadora Margarita de Parma, encontrándose los rebeldes con una ausencia total de autoridad, adueñándose el caos de los Países Bajos. Los desmanes y abusos de los calvinistas prosiguieron durante varios días en lo que fue llamada “furia iconoclasta”²⁶.

Para los partidarios de la política de Felipe II las concesiones en materia religiosa, y aquí habría que incluir la no aplicación de los decretos reales, sólo agravaba la situación pues envalentonaba a los herejes. No hay que olvidar que en esta época la herejía, como desviación del orden religioso, era considerada origen de disturbios sociales, que ponía en peligro por tanto el orden social establecido, un

²⁶ FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, M. Op. Cit. 385

ejemplo de ello serían las revueltas de los anabaptistas en Alemania en 1524-1525, que daría origen a la “guerra de los campesinos”²⁷.

En los Países Bajos, se estaba fraguando una rebelión religiosa, política y social, bajo la excusa de la religión, reivindicando una libertad de conciencia y religión, así lo señala la misma gobernadora Margarita de Parma, cuando, en una carta dirigida a su hermano Felipe II, señala que,

*“lo religioso no es más que el antifaz que enmascara otros objetivos como era verse libres del gobierno del rey español”*²⁸.

Sin embargo no todas las noticias que llegaban del exterior a la corte eran negativas, pues en ese mismo mes de agosto de 1566, la guerra contra el turco en el Mediterráneo se inclinaba hacia el bando español, primero con la victoria frente a la flota otomana de las tropas españolas y venecianas; pero sobre todo por la muerte del sultán Solimán “el Magnífico” y la llegada al trono de su hijo Selim II, que supuso el repliegue de las tropas otomanas. Así la presión en el flanco sur disminuía y Felipe II podía disponer de las tropas destinadas en Italia, que además no eran tropas normales, eran los “Tercios Viejos” que durante tantos años se habían batido en los campos de batalla de media Europa y el norte de África. La importancia de este hecho la remarca Parker quien sostiene que gracias a esto el rey Felipe pudo centrarse en aplacar la rebelión de los Países Bajos²⁹.

En estos momentos la alta nobleza de los Países Bajos ya se había repartido el territorio por zonas; Brabante para el príncipe de Orange; Flandes, incrementado con Hainaut y Artois, para Egmont, bajo la soberanía del rey de Francia; Güeldres para el duque de Clèves; Holanda para el señor de Brederode; Frisia y Overijssel, para

²⁷MARTÍNEZ MILLÁN, J y CARLOS MORALES DE, C. J. (2011), *Religión, política y tolerancia en la Europa Moderna*. Editorial Polifemo, Madrid, p. 56-58.

²⁸FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, M. Op. Cit, p. 386.

²⁹PARKER, G. *El Ejército de Flandes y el Camino Español*, pp. 40-41.

el duque de Sajonia; y también se habían establecido alianzas con los enemigos de Felipe II, franceses, ingleses y alemanes.

Las noticias de la revuelta de agosto de 1566 causaron una gran preocupación en la corte de Madrid. El rey convocó de inmediato al Consejo de Estado para tratar el tema y tomar una decisión sobre la forma de actuar. El consejo estaba dividido entre los que defendían una intervención contundente del rey contra los rebeldes y los que propugnaban una actuación más suave, y dialogada con el posible perdón de aquellos rebeldes que no tuviesen delitos de sangre. El 29 de octubre el Consejo de Estado finalmente tomó la decisión de usar la fuerza para resolver la rebelión de los Países Bajos, y para ello se mandaría a un viejo militar experimentado en los campos de batalla donde había demostrado sobremanera su valía, don Fernando Álvarez de Toledo y Pimentel, tercer duque de Alba, con los hombres de los tercios españoles acantonados en Italia y que ahora quedaban libres de defender esas tierras de la amenaza turca.

La actuación real se dividiría en dos fases diferentes, una primera en la que actuaría el duque de Alba con rigor y sin clemencia sobre los rebeldes y una segunda fase protagonizada por el propio Felipe II que acudiría en persona a esas tierras y ejercería la clemencia como señor natural del país³⁰.

La intención primera era que el duque de Alba llegara lo antes posible a esas tierras con un destacamento que impusiera el orden, pero se optó por otra solución que dilató en el tiempo la actuación; Alba iría a Italia, desde donde saldría con todo su ejército, formado por la gran mayoría de los hombres de los tercios de Nápoles, Sicilia, Cerdeña y Lombardía, reforzados con la caballería reclutada por el Gobernador de Milán. Por fin salió de Italia el 21 de junio de 1567 llegando a Flandes el 22 de agosto de ese mismo año, justo un año después de los tumultos y saqueos de agosto de 1566³¹.

³⁰ FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, M. Op. Cit. pp. 387-388

³¹ MENDOZA, DE, B. Op. Cit, folio 31

Durante este largo año, aunque no dispusiera de una importante fuerza, y pareciese lo contrario, la Gobernadora no permaneció ociosa. Con permiso del rey reclutó tropas en Flandes y Alemania y junto a los nobles fieles al monarca tomó la ofensiva, restituyendo el orden en todo el territorio. Los principales apoyos con los que contó Margarita de Parma fueron los señores de Beavoire, de la Cressonniere, de Berghes y de Noirquermes; los condes de Berlaymont, Meghem, Arschot, Arembergh y Mansfeld.

Noirquermes tomó las plazas de Tournay, Valenciennes y Maastricht, y juntándose a Meghem tomaron Bois-le-Duc, en Holanda, y después consiguieron hacerse con la ciudad de Ámsterdam; los católicos de Amberes se levantaron contra los rebeldes que tenían la ciudad, quienes se dirigieron a Ousterweel, siendo derrotados en esta ciudad por Berghes. El más distinguido de los nobles que apoyaban a los rebeldes, el príncipe de Orange y su hermano Luis de Nassau, huyeron a las posesiones de su familia en Alemania, tras vender sus posesiones en los países Bajos, abandonando a sus correligionarios³².

La huida de los dirigentes rebeldes a Francia, Inglaterra y Alemania, determinó el carácter de los métodos de la futura resistencia a Felipe II y produjo una internacionalización del conflicto.

Las ciudades de Holanda y Zelanda, principales provincias rebeldes, fueron reconociendo la autoridad de la gobernadora Margarita de Parma, evitando así el enfrentamiento; Frisia se sometía al conde de Arembergh, y así todas las ciudades de Flandes cesaron en su rebeldía.

Se escarmentó a los cabecillas rebeldes, en especial a los culpables de delitos de sangre y profanadores de iglesias e imágenes, se reconstruyeron los templos y se derruyeron los levantados por los protestantes.

³² JIMÉNEZ MARTÍN, J. (1999) *Tercios de Flandes*. Ediciones Falcata Ibérica, Madrid, pp. 56-59.
MENDOZA, DE, B. Op. Cit, folios 23v-26.

El 28 de agosto entraba en Bruselas el duque de Alba, como Capitán General de los ejércitos de los Países Bajos, presentándose ante la gobernadora Margarita de Parma

En este periodo inicial de la rebelión de los Países Bajos, la doctrina tiene diferente opinión sobre cuáles fueron los factores determinantes en su evolución; mientras que algunos como Chaunu³³, sostienen que tuvieron mucho que ver las cuestiones económicas, en especial la caída del comercio de Indias, que supuso un impedimento a la hora de actuar Felipe II en Flandes, para otros como Parker³⁴, es la situación en el Mediterráneo la que más condicionó dicha actuación.

En nuestra opinión esta última teoría sería la más acertada, no sólo por lo que hemos estado viendo de la actuación de Felipe II, quien hasta que no vio un cierto alivio en el peligro turco, con el fallecimiento de Solimán y la llegada al trono de su hijo Selim II, no dispuso de las tropas de Italia, sino, y esto es más significativo, que los propios enemigos del rey son conscientes de que el Mediterráneo preocupa en gran manera a Felipe, y mientras existiese un peligro real en este flanco sur de la Monarquía Hispánica los asuntos de Flandes estarían desatendidos, en gran medida, en el ámbito militar, pues Felipe II dedicaría la mayor parte de sus recursos bélicos y a los mejores de sus hombres en este campo. Así vemos como en 1566 los rebeldes, concretamente el príncipe de Orange, mandaron una embajada al duque de Naxos, favorito del sultán, para convencerle de que prosiguiese con sus ataques contra los intereses españoles en el Mediterráneo³⁵.

De igual manera pensaban los ingleses y franceses, quienes sabían que una de las principales formas de debilitar a Felipe II en Flandes era conseguir la implicación de los Turcos, ya fuese continuando con sus campañas contra España en el Mediterráneo, o bien apoyando económicamente a los rebeldes flamencos, lo que les

³³ CHAUNU, P. Op. Cit, p. 262.

³⁴ PARKER, G. (1986). *España y los Países Bajos*, pp. 32-34.

³⁵ JIMÉNEZ MARTÍN, J. Op. Cit. pp. 26-27.

favorecería directamente a ellos, por la distracción de fuerzas del monarca español³⁶.

4.- La primera década de la guerra: la gobernación del duque de Alba, Luis de Requesens y don Juan de Austria (1568-1578)

El duque de Alba. 1568-1573

Tras partir de Cartagena en Abril de 1557, El Duque de Alba salió de Italia el 21 de junio con 8.780 infantes españoles de los tercios de Nápoles, Sicilia, Cerdeña y Lombardía y 1.200 jinetes, de caballería española, italiana y alemana, incluyendo 200 arcabuceros a caballo. El ejército de Alba atravesó Saboya, Borgoña, Lorena y Luxemburgo, lo que se llamó “el camino español”, llegando finalmente a Flandes el 22 de agosto de este mismo año. Durante este recorrido, tanto el rey de Francia como algunos cantones suizos, en especial el de Ginebra, movilizaron tropas que en paralelo al ejército español, avanzaron, para vigilar sus movimientos³⁷.

Al llegar a Bruselas presentó al Consejo de Estado y a la gobernadora Margarita de Parma sus credenciales como Capitán General del ejército, con funciones propias de este cargo, quedando la administración de gobierno en manos de la Gobernadora. No obstante el Duque señalaba a la Gobernadora que el rey le había dado facultades en algunos asuntos relativos a la revuelta y al juicio de sus promotores y cabecillas, sin especificarle cuales eran, ya se enteraría de cuáles eran cuando las realizase³⁸. Aunque el gobierno de los Países Bajos seguían en manos de la hermana del Rey, Margarita de Parma,

³⁶ Así se aprecia en la conversación del embajador del rey de Francia en Constantinopla, en una audiencia con los consejeros del sultán, en la que se señala lo beneficioso que sería para él que ayudase a Orange en su lucha contra España, como venía haciendo el rey de Francia con hombres y dinero; remarcando que “el asunto le afectaba más (al sultán) que a ningún otro”. PARKER, G. Op. Cit. pp. 36-38

³⁷ MENDOZA, DE, B. Op. Cit. folios 29v-31

³⁸ *Ibidem*. folios 32v-33

los amplios poderes con los que estaba investido el duque de Alba hicieron que la gobernadora viese como su cargo quedaba vacío de facultades, siendo su pérdida de poder tan considerable que puede que no fuese sino ésta la razón por la que presentó su renuncia al gobierno de estas tierras ese mismo año³⁹.

Ante la renuncia de Margarita de Parma como gobernadora de los Países Bajos, el rey decidió nombrar gobernador al duque de Alba, contrariando con esta medida los privilegios de estas tierras que establecían que sólo podían ser gobernados por su señor natural y en ausencia de éste por un miembro de su familia. Una de las primeras medidas establecidas por Alba fue el establecimiento del Tribunal de Tumultos, un órgano jurisdiccional excepcional, que aplicaba una justicia castrense sobre todos aquellos que habían participado en las revueltas de agosto de 1566. Los sediciosos fueron juzgados y ejecutados sumariamente, lo que provocó algunas protestas debido a que se excluían todos estos casos de la justicia ordinaria.

El 9 de septiembre Alba convocaba al Consejo de Estado en Bruselas para comunicarles cuales eran las órdenes del rey y las medidas a tomar, entre las que destacan los nuevos tributos que se implantarían para poder sufragar los gastos generados en los Países Bajos, incluido el mantenimiento de las tropas españolas que habían sido llevadas para sofocar las revueltas. A la salida del Consejo fueron apresados por orden del gobernador, dos de los nobles más importantes de los Países Bajos, los duques de Egmont y Horn, acusados de haberse levantado contra el rey; fueron encarcelados y, tras ser juzgados por el Tribunal de Tumultos, ejecutados el 5 de junio de 1568 en la gran plaza de Bruselas. Este hecho causó un gran malestar en los Países Bajos, tanto por la importancia de estos dos personajes, como por la forma en que fueron detenidos, al considerarse que se había hecho de forma innoble y alevosa. En el resto de Europa también fue causa de indignación la detención, juicio y ejecución de los duques de Egmont y Horn.

³⁹ LINDSAY, T.M. (1986) *La reforma y su desarrollo social*, Libros CLIE, Tarrasa, pp. 125.

El problema económico se agravo debido a que este mismo año de 1568 el pirata inglés William Hawkins, hermano del más famoso pirata John Hawkins, apresó una escuadra española que se dirigía a Flandes con quinientos mil ducados para hacer frente a las pagas de los soldados españoles.

El duque de Alba llevó a la práctica la parte del plan de Felipe II que le correspondía, aplicar con mano de hierro la justicia real sobre los rebeldes, y cargó con la mala fama derivada de ello, quedando el rey exonerado, en gran medida, de culpa; así vemos como la historiografía holandesa ha solido considerar a Felipe II como un rey mal aconsejado y engañado; como señala el historiador y archivista holandés Reinier Cornelis Bakhuizen van der Brink quien dice que “*la historia ha cargado de culpa a Alba para liberar a Felipe II*”⁴⁰. Sin embargo de la correspondencia del propio monarca con su hermana Margarita de Parma, así como del resto de aparato documental de este monarca, se desprende que fue un plan, si no preparado por el rey, si compartido y aceptado por éste⁴¹.

Pero la mala fama del duque de Alba no se produjo sólo por los acontecimientos de Flandes, ya antes de su llegada la propaganda rebelde le calificaba de la peor forma posible. Una publicación de la época se refería al Duque así:

*“Violencia, traición y engaño salidos de sus mazmorras, habitan el corazón de Alba, quien se apresura hacia estas tierras. Viene acompañado por el asesinato, la coacción moral y el despotismo.”*⁴²

Incluso los pasquines y las canciones de los “mendigos del mar” cargaban contra el duque de Alba antes que contra el rey Felipe II.

⁴⁰ H. M. WESSELS, L (1999), “Tirano o soberano. La imagen cambiante de Felipe II en la historiografía holandesa hasta Fruin (siglos XVI-XIX)” en *Cuadernos de Historia Moderna*, nº 22, p. 175.

⁴¹ FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, M. Op. Cit. pp. 391-392

⁴² H. M. WESSELS, L, Op. Cit. p 174.

No obstante hay autores que sostienen que ni Felipe II ni el Duque de Alba tenían intención de aplicar una represión sistemática en los Países Bajos, pues en la correspondencia del duque se recoge que

“La intención del rey no fue hacer sangre. Antes, si se pudiera remediar este negocio por otro camino se tomará”; “la quietud de estos estados no consiste en descabezar hombres”⁴³.

A juicio de Kamen la evolución de los acontecimientos forzó una espiral de represión y violencia; que no olvidemos había comenzado mucho antes de la llegada del duque de Alba a Flandes, pues desde los acontecimientos de agosto de 1566, los calvinistas habían cometido asesinatos de fieles católicos y de religiosos de forma incontrolada, así mismo los ciudadanos de Amberes y otras ciudades actuaron de igual manera contra los calvinistas, cuando se levantaron contra ellos; y más aún los condes fieles al rey, cuando en 1566 y 1567, apoyando a la gobernadora Margarita de Parma, al aplastar la primera rebelión cometieron verdaderos desmanes contra los rebeldes, incluidas las degollaciones generalizadas de los vencidos⁴⁴.

La segunda parte de la actuación del duque de Alba, ya como gobernador de los Países Bajos fue la implantación de nuevos tributos, con el fin de que los asuntos de Flandes se financiasen con sus propios recursos, liberando así de un montante importante a la hacienda española, que venía gastando grandes cantidades de dinero en estas tierras. Se propuso la implantación de tres tributos, el “vigésimo penique”, que gravaría en un cinco por ciento, la vigésima parte, las transferencias de propiedades de los habitantes de estas tierras; el “centésimo penique”, que gravaría con el uno por ciento, la centésimo parte, del valor de los inmuebles; y el “décimo penique”, que gravaba con un diez por ciento, una décima parte, del valor de las transacciones comerciales.

⁴³ KAMEN, H. (2004) *El Gran Duque de Alba: soldado de la España Imperial*. La esfera de los libros, Madrid.

⁴⁴ MENDOZA, DE, B. Op. Cit. folio 25v.

El más protestado de los impuestos establecidos por Alba fue precisamente el “décimo”, pues al ser la economía de los Países Bajos fundamentalmente una economía comercial, este tributo que gravaba con el diez por ciento las transacciones comerciales afectaba en gran manera a los mercaderes y artesanos de las ciudades, produciendo un encarecimiento de las materias primas y de los productos, agravando aún más la difícil situación económica de los Países Bajos. Además se alegaba que era un tributo que oprimía tanto a rebeldes como a los fieles al rey, al considerarse su implantación más como medida de represalia por los desórdenes que como medida de política económica, necesaria para solucionar la crisis de estas tierras.

La implantación de estos nuevos tributos favoreció a su vez el clima de malestar contra Felipe II, quien era considerado como un rey extranjero, que ahora ponía como gobernador a un extraño, que actuaba de forma contraria a los usos y privilegios de la tierra, y que además les imponía unos pesados tributos que les hundían económicamente y cuya finalidad era la de sostener un ejército extranjero “invasor”, que no era nada más que una herramienta de opresión. Esto favorecía al naciente espíritu nacionalista, aumentando la concepción de que Felipe II oprimía a los naturales de estas tierras⁴⁵.

La gran mayoría de las ciudades de los Países Bajos se rebelaron contra estas nuevas cargas impositivas, desde los clérigos a los comerciantes y burgueses, pues consideraban que eran unas cargas excesivas. Alba reaccionó mandando al ejército a algunas ciudades para forzar el cobro de los nuevos tributos y declaró traidoras a las ciudades que no los cobrasen dichos tributos, ordenando la confiscación de bienes a favor del rey; sin embargo estas medidas no surtieron el efecto deseado, sino todo lo contrario, y tuvo que transigir derogando el “decimo”.

Pero el establecimiento de estos nuevos tributos no era un capricho del Duque de Alba. Una materia tan delicada y que competía directamente al rey, difícilmente las hubiese regulado Alba por propia

⁴⁵ FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, M. Op. Cit. p. 494.

iniciativa. Parker demostró que no sólo era conocido por el rey, sino que salió de él la idea de establecer estos tributos, para así descargar a la hacienda castellana de las cargas que significaban los gastos de Flandes⁴⁶.

Tras lo que podríamos considerar primera fase del programa trazado desde Madrid antes de la partida del Duque de Alba, llegaba el momento de la segunda parte, la venida del rey a los Países Bajos, para ejercer, no la justicia real, sino la gracia real. Como señor natural Felipe II se presentaría en estas tierras y tras la implantación del Tribunal de Tumultos y la aplicación de la justicia a aquellos con delitos más graves, especialmente por ser quienes habían encabezado la rebelión, el rey actuaría de forma benévola concediendo el perdón a sus súbditos y restituyendo la situación. Así se desprende de la correspondencia del propio duque con el rey y de los textos de la época⁴⁷.

Sin embargo los acontecimientos sufridos en este año de 1568, imposibilitaron que el rey viajase a Flandes. Nos referimos a los hechos referentes al príncipe Carlos, con su fallecimiento, así como la muerte de sus más querida esposa, Isabel de Valois, y la sublevación de los moriscos de las Alpujarras, que abría un frente de guerra en el interior de la propia España⁴⁸.

Los problemas económicos que afectaban al comercio marítimo de los Países Bajos produjo que una gran masa de marineros se quedasen en un estado de penuria que fue perfectamente aprovechado por Orange, utilizándolos como corsarios o piratas, dedicándose a asaltar los barcos que se dirigían a los territorios leales al rey, poniendo sus bases principalmente en las costas francesas e inglesas, donde recibían la protección de los calvinistas franceses de Coligny y de la reina Isabel, no solo por razones políticas sino también económicas, ya que se beneficiaban de las ventas de los productos sustraídos por estos piratas, que eran vendidos en los

⁴⁶ PARKER, G. *El Ejército de Flandes y el Camino Español*. P. 179.

⁴⁷ *Ibidem*. pp. 392-393.

⁴⁸ MENDOZA, DE, B. Op. Cit, folios 34v-35.

puertos franceses e ingleses. Estos piratas fueron llamados los “mendigos del mar”, convirtiéndose en uno de los principales elementos en esta guerra, ya que llegarán a hacerse dueños del mar del norte, controlando el tráfico marítimo, siendo el origen de la armada holandesa.

De los principales cabecillas de la revueltas Orange fue el único que se salvo de las redadas del Duque de Alba, convirtiéndose desde ese mismo momento en el líder de la revolución. La propaganda holandesa de la época contribuyó en sobremanera a depositar en Guillermo de Orange la capacidad de gobernar estas tierras. Según Rodríguez y Mínguez el propio Orange desarrolló una hábil estrategia que le permitió ser visto como el máximo gobernante de un nuevo país, poniendo en marcha un potente aparato de propaganda en contra de la monarquía hispana, manifestándose a favor de la libertad religiosa en escritos como “Yo no cejaré”⁴⁹; mientras tanto, en las tierras dominadas por los calvinistas la libertad religiosa no existía, siendo destruidos los templos católicos y perseguidos los religiosos y fieles católicos.

Aunque Alba no pudo capturar a Orange, sí fue juzgado, concretamente lo fue en rebeldía, incluso siendo caballero de la orden del Toisón, pues el rey había dado a Alba la facultad de juzgar a los miembros de esta orden, ya que los privilegios de la misma establecían que los caballeros de la orden sólo podían ser juzgados por miembros de ella, y aunque en el tribunal de Tumultos participaban algunos miembros de la orden, su presidente, el duque de Alba, no era miembro de la orden, todavía; así fue declarado fuera de la ley. Su hijo, de quince años, estudiante en la universidad de Lovaina fue hecho prisionero y trasladado a España, donde permaneció hasta 1599, en que volvía a Flandes como fiel servidor del rey.

Los rebeldes comenzaron en este año de 1568 una ofensiva general. Guillermo de Orange reclutó un ejército en los principados protestantes de Alemania y entró por Frisia, mientras que su hermano

⁴⁹ RODRÍGUEZ, I y MÍNGUEZ, V. (2010) “Muerte en Defi” en *Potestas, revista del Grupo Europeo de Investigación Histórica*, Nº 3, p. 171.

Luis de Nassau contando con el apoyo de los hugonotes franceses, especialmente del almirante Coligny, atacaba tierras de Flandes, Artois y Henao, los rebeldes contaron con el apoyo de gran parte de la población, descontenta con las medidas del duque de Alba, quien tuvo que luchar con dos ejércitos, muy superiores cada uno al total de sus fuerzas, en varios frentes a la vez, sin embargo sus tropas fueron batiéndose y recuperando la gran mayoría de las ciudades y haciendo huir tanto a Luis de Nassau como a Guillermo de Orange, que tuvieron que refugiarse en Francia y Alemania respectivamente.

Donde Alba perdió todo el control fue en el Mar. En las campañas de 1568, Luis de Nassau, en su paso por Frisia, pidió a varios barcos que protegiesen su ruta de abastecimiento hacia el interior del río Ems, reuniendo así una flota de unos quince barcos; sin embargo esta flota resultó inútil cuando fueron derrotados en la batalla de Jemmingen (21 de julio). Al verse privado de este apoyo naval, Luis de Nassau recurrió a los piratas que desde hacía años se dedicaban a esta empresa en las costas del Mar del Norte y que tenían sus bases fundamentales en las costas inglesas. También Orange recurrió a estos piratas, a los cuales, al no poderlos pagar, les permitió que siguiesen con su actividad de piratería para poderse mantener.

La actuación militar del duque de Alba con los tercios viejos españoles, así como con las tropas flamencas reclutadas en los territorios fieles al rey, consiguió desbaratar los ataques rebeldes y devolver todo el territorio a la obediencia. Quedaba así pacificado el país y el duque volvía a pedir al rey que acudiese a estas tierras, así como solicitaba su relevo en el puesto de Gobernador General de los Países Bajos. En el verano de 1571, aprovechando un pequeño periodo de paz, el duque de Alba concedía un perdón general a los rebeldes que no tuviesen delitos de sangre. En un intento por recobrar el control, Alba convocó los Estados Generales, lo que fue aprovechado por Orange, cuyo representante, Felipe de Marmix, solicitó que fuese proclamado *statuder* del rey en Holanda, así como que le pagaran los barcos de guerra que había movilizado; los Estados provinciales de Holanda votaron un servicio para Orange y las instituciones de esta provincia quedaron bajo el control de los rebeldes.

No obstante la situación interior seguía siendo contraria a la presencia del duque de Alba como gobernador de los Países Bajos y sobre todo a los nuevos tributos impuestos. Al no poder hacer frente a las tropas reales en el campo militar, es el momento en que empiezan a prodigarse los panfletos y publicaciones que atacaban al duque y recogían algunos de los excesos cometidos por éste y sus tropas. El mal estado de la población fue primordial, cuando en el verano de 1572 los “mendigos del mar”, desde sus bases en las costas del sur de Inglaterra atacaban y se hacían con el puerto de Brille, en una isla en la desembocadura del Mosa, saqueando y quemando sus iglesias y ejecutando a la población que les hiciese alguna oposición. Bernardino de Mendoza nos dice que estos “mendigos del mar” estaban capitaneados por Guillermo de Lumay, conde de la Marcha quien

“juntó algunos navíos rebeldes que después de la guerra andaban hechos piratas y corsarios en Inglaterra.....tomando la ciudad de Brielle....donde al momento saqueó las iglesias y monasterios, rompiendo todas las imágenes”⁵⁰

Tras esta victoria de los “mendigos del mar” se levantó la ciudad de Flesinga, y tras ella la mayoría de las tierras bajas. Así de pronto, todo el territorio al norte del Mosa, se declaró en rebeldía: Holanda, Zelanda, Gueldres, Frisia y Utrecht reclamaban a Orange para que las gobernase. Aprovechando el levantamiento de las tierras del norte Orange volvió a entrar en escena con nuevas tropas reclutadas en tierras alemanas y su hermano Luis de Nassau, de nuevo con el apoyo en dinero y tropas del almirante Coligny⁵¹, entraba por el sur, haciéndose con ciudades de Flandes, Hanau y Artois. De igual manera muchas ciudades de estos territorios y de Brabante se levantaron contra los españoles.

El duque de Alba reaccionó de inmediato y movilizó a los tercios españoles y las tropas valonas fieles al rey. Para la

⁵⁰ MENDOZA, DE, B. Op. Cit. folios 110v-111

⁵¹ Bernardino de Mendoza señala que Coligny llevaba un ejército formado por diez mil infantes y dos mil jinetes. MENDOZA, DE, B. Op. Cit. folio 65

historiografía clásica europea el actuar de Alba fue una venganza sobre las ciudades traidoras, practicando una violencia extrema, así es para Lindsay quien dice: “Cuando los españoles entraron asesinaron a sangre fría a todos los soldados holandeses y algunos cientos de ciudadanos; y atando los cuerpos de dos a dos, los arrojaron en el lago de Haarlem. Parecía como si los papistas estuvieran decididos a exterminar a los protestantes para que se convirtieran.⁵²” Sin embargo ésta no era la actuación habitual de las tropas de Alba, los acontecimientos a los que se refiere son los producidos por los hombres del Tercio de Cerdeña, quienes, habiendo sido derrotados en Heiligerlee, al ser recuperada la ciudad se vengaron de dicha derrota de forma sangrienta; sin embargo Lindsay se olvida que la reacción de Alba ante esta actuación fue, en primer lugar, la de mandar al barrachel para que ejerciese justicia, quien al ver el gran número de participantes en las violaciones y asesinatos, además que los oficiales no habían hecho nada por impedirlo, lo comunicó directamente al duque quien decidió disolver el tercio, peor castigo que se podía imponer a una unidad militar, y ajustició a los responsables directos⁵³.

La situación era muy grave para Alba y sus hombres, sin embargo, la matanza de la noche de San Bartolomé, el 24 de agosto de 1572, en la que miles de hugonotes fueron asesinados en Francia, de 7000 a 8000 sólo en París, entre ellos el almirante Coligny, aflojó la presión internacional de Alba, lo que le permitió un cierto respiro por el sur, pudiéndose ahora centrar sobre las ciudades del norte, consiguiendo algunas importantes victorias sobre ciudades en las que los tercios practicaban una política dura tras recuperarlas, de terror se suele decir.

Al respecto debemos hacer una breve referencia a lo que sería el derecho de guerra de la época. En primer lugar se debe distinguir entre una ciudad enemiga de una ciudad rebelde, que se ha levantado contra su señor natural, pues en este último caso la actuación de dicha ciudad es mucho más grave, debido precisamente a esta condición de rebelde contra derecho, por lo que una vez conquistada era tratada de

⁵² LINDSAY, T. M. Op. Cit, p. 276.

⁵³ MENDOZA, DE, B. Op. Cit. folios 72v-73.

forma más dura. En segundo lugar hay que distinguir la toma de una ciudad que se rinde antes de ser puesto un sitio frente a ella, de aquella otra ciudad que se rinde tras haber sido sitiada y comenzada a ser bombardeada y por último habría que hacer referencia a aquella ciudad que es tomada al asalto sin rendirse, lo que, según el derecho de guerra, daba derecho a los asaltantes a su saqueo como castigo a su negativa de rendirse y la oposición hecha.

Estas victorias de Alba se vieron empequeñecidas fundamentalmente por la imposibilidad de imponerse en el mar, donde los “mendigos del mar” consiguieron mantener el control. Algunas ciudades, como Alkmaar, ante cuyos muros se estrellaron los tercios españoles y Leiden, que consiguió resistir heroicamente.

El rey Felipe II decidió relevar al duque de Alba como gobernador de los Países Bajos por el duque de Medinaceli. Sin embargo el primero no le cedió el gobierno ya que no consideraba oportuno dejar estas tierras en una situación tan mala como estaban, con gran parte de las provincias levantadas, por lo que, cuando llegó el de Medinaceli con dos mil infantes de refuerzo, sumó sus fuerzas a las de Alba, realizando una serie de campañas en las que iban derrotando al ejército rebelde, que contaba con el apoyo de hugonotes y hombres de leva proporcionados por Isabel I de Inglaterra.

En estas campañas, dirigidas por el propio Alba y por su hijo don Fadrique, las tropas españolas tuvieron que reconquistar un gran número de ciudades y fortalezas que habían sido capturadas por los rebeldes o que se habían puesto de su lado. Un ejemplo de estas en la de Malinas, que, aunque acordó rendirse y pagar para evitar ser saqueada, se vio saqueada por las tropas del duque, contrariando las reglas de la guerra, ya que había pactado su rendición, sin que el de Alba hiciese nada para evitar el saqueo, bien sea porque no quiso evitarlo y dar así un escarmiento ejemplarizante para otras ciudades rebeldes, bien porque no tuvo fuerza para evitar un saqueo que compensaría a los soldados que no cobraban correctamente sus pagas. De igual manera fueron saqueadas las ciudades de Zutphen y Naerden, lo que provocó que los rebeldes huyeran hacia Alemania en

desbandada, provocando que las tierras y ciudades de Groninga, Oversissol, Frisia y Utrecht decidieron ponerse de parte del rey.

Las tropas comandadas por don Fadrique se dirigieron a la ciudad de Haarlem llegando ante sus murallas el 12 de diciembre, y comenzando a bombardearla el 18 del mismo mes. Los defensores de la ciudad consiguieron resistir, gracias a las ayudas recibidas desde el exterior, ya que no se conseguía cortar estas ayudas, hasta que por fin, tras seis meses de asedio, y gracias a interceptar las ayudas exteriores, se tomó la ciudad. Quince días después de la toma de Haarlem las tropas se amotinaron por la falta de pagas, obligando al duque de Alba a pedir dinero prestado a prestamistas de Ámsterdam, que junto con dinero puesto por él mismo y por su hijo don Fadrique, así como algo mandado por el rey, fueron suficientes para que los amotinados volviesen al orden.

A finales de 1573, el 29 de noviembre, el duque de Alba traspasaba los poderes de gobernador General de los Países Bajos y Capitán General de los ejércitos, a don Luis de Requesens, comendador mayor del Reino de Castilla. Requesens, hombre de gran experiencia diplomática y militar, era de gran confianza del rey, y acudía con instrucciones de negociar una solución con los rebeldes menos radicales. El 18 de diciembre salía Alba de los Países Bajos junto con su hijo Fadrique, tras seis años de campañas casi continuas.

Los autores no se ponen de acuerdo acerca de las razones de la destitución de don Fernando Álvarez de Toledo, como Gobernador General de los Países Bajos. Para Autores como Lindsay⁵⁴, su final estuvo marcado por la mala gestión económica, que no sólo le impidió pagar a los soldados, sino que arruinó la actividad económica e industrial, de una tierra fundamentalmente comercial, creando un caldo de cultivo para la rebelión. Para otros tuvo más influencia la crueldad que había mostrado en la toma de algunas ciudades, que generó un sentimiento de rechazo en la población local.

⁵⁴ LINDSAY, T.M. (1986) Op. Cit.

Autores como Kamen y Parker ponen el énfasis en la situación económica general de España. Para el primero, una España, en quiebra desde 1560, con una actividad comercial limitada a la exportación de materias primas y a la importación de productos manufacturados, y carente de un ejército profesional, estaba incapacitada para ejercer su soberanía sobre los Países Bajos y mucho más para hacer frente de forma efectiva a una rebelión; añadiendo que toda la riqueza proveniente de América se iba en pagar los gastos de mantener las guerras en Flandes, Italia, contra el turco o contra Inglaterra; sin que ni siquiera la enorme cantidad de metales preciosos procedentes de aquellas tierras fueron suficientes para tamaña carga económica, y difícilmente un estado en quiebra podría asumir esos gastos.

Por su parte Parker apuesta a que en el desarrollo del conflicto puede constatare la influencia de los problemas financieros españoles; “El dinero - o más bien la falta de dinero -aporta la clave de muchos cambios de rumbo en dicha política: la crisis financiera española de 1575 explica en buena medida la “furia española” en Amberes del año siguiente”⁵⁵. El historiador británico refuerza su argumento con las palabras del belga Hurbert Lonchay, para quien “el destino de los Países Bajos estaba atado al de España y a menudo no se puede comprender la historia política de los primeros sin conocer la situación financiera de los segundos”.

Aunque estas razones sean verdaderas, en especial las de carácter financiero, que podrían haber influido en la corte de Madrid para conseguir el cambio de Alba por Requesens, incluso la aplicación de forma rigurosa e incluso extrema de la fuerza contra los rebeldes, bien es cierto que desde los primeros momentos de su llegada a los países Bajos y empezar a aplicar la justicia real sobre aquellas personas que se habían rebelado contra su señor natural, Alba escribe cartas a Madrid solicitando, primero la venida del rey a estas tierras, como había prometido, y, poco después, solicitando su relevo en el puesto de gobernador.

⁵⁵ PARKER, G (1989). *España y la rebelión de Flandes*, Editorial Nerea, Madrid, p. 14.

La figura del duque de Alba sufrió desde los primeros momentos, incluso antes de su llegada a los países Bajos, el efecto de la propaganda y sobre él cayó todo lo malo que pasó durante su estancia en esas tierras. Sin embargo el rey Felipe se vio libre, en gran medida, de estos ataques, al menos hasta 1580, cuando la percepción de Felipe II como un rey ignorante o inocente, perderá fuerza, empezando a ser considerado como responsable directo del curso de la guerra; fue acusado de fanático religioso, hipócrita, tramposo y enemigo de los Países Bajos, además de acusarle de someter a los flamencos a un régimen absoluto y tiránico, violando los fueros de forma cruel. Tampoco ahorraron críticas contra su vida privada, acusándole de incesto, bigamia y adulterio, además de envenenar tanto a su hijo Carlos como a su tercera mujer, Isabel de Balois⁵⁶. Los historiadores no se volverán severos con el rey sino tras la muerte de Guillermo de Orange, asesinado el 9 de julio de 1584 en las escaleras de su palacio a manos de un fanático católico borgoñón, tras haber puesto Felipe II precio a su cabeza unos años antes.

Luis de Requesens. 1573-1576

Con el nombramiento de Luis de Requesens como gobernador de los Países Bajos puede que Felipe II quisiese dar un giro hacia la moderación en la política aplicada en los Países Bajos, en cuyo caso Requesens sería una persona perfecta, pues reunía las condiciones políticas, diplomáticas y militares para imprimir ese giro.

Haciendo un ejercicio que podríamos considerar de historia-ficción más que de rigor histórico, Lindsay sostiene que si don Luis de Requesens “hubiese sido enviado a los Países Bajos diez años antes y se le hubiera dado carta blanca, la historia del país podría haber sido diferente”⁵⁷. Aunque no podemos tomar esta frase como un hecho, si

⁵⁶ EBBEN, M.A. (1998), “Felipe II y la rebelión neerlandesa en la historiografía holandesa de 1830 hasta 1960” en *Felipe II (1527-1598), Europa y la monarquía católica*. Vol. 4, pp. 77-88, Editorial Parteluz, Madrid, p. 78.

⁵⁷ LINDSAY, T.M. Op. Cit. p.277.

podemos ver un cambio de actitud del soberano con respecto a los Países Bajos, manifestado precisamente en el nombramiento de Requesens.

Luís de Requesens, a quien Felipe II conocía desde niño, era Comendador Mayor de la orden de San Juan en Castilla, había sido embajador del rey en Roma, “Lugarteniente General de la mar” en la batalla de Lepanto, y Gobernador General de Milán, en donde se encontraba, cuando Felipe II le comunicó que quería nombrarle Gobernador General de los Países Bajos

“para os encargar el mayor negocio y de mayor importancia que he tenido ni podré tener”.

Según Cajal Valero, Requesens hizo todo lo posible para evitar ese nombramiento, alegando problemas de salud, de conocimiento, pues carecía de experiencia militar en la guerra terrestre, e incluso reconocía que la empresa desbordaba sus capacidades. De acuerdo con la correspondencia que mantuvo con su hermano Juan de Zúñiga y Requesens, don Luis no consideraba que la cuestión de los Países Bajos pudiera resolverse de forma favorable para España; daba por perdida Holanda y asumía que el monarca carecía de los recursos necesarios para pagar el ejército durante mucho tiempo⁵⁸.

A su llegada a Flandes Requesens se esforzó por que su labor se diferenciase de la de su antecesor; así se desprende de una carta enviada a su yerno Pedro fajardo, en la que reconocía que

“[el duque de Alba] está tan odiado desta gente, que convendría mucho que pensasen que soy el opósito [opuesto]”⁵⁹.

⁵⁸ CAJAL VALERO, A. (2006) *Domingo de Zabala: la guerra y la hacienda (1535-1614)*, Fundación L. de Zabala y Fernández de Heredia, Bilbao, p. 97-98.

⁵⁹ *Ibidem*. p. 100.

Un ejemplo de su diferencia con el duque de Alba, está en el diagnóstico que hacía de la situación, considerando que esta rebelión no estaba inspirada sólo en fundamentos religiosos, sino también de naturaleza política, a causa de la escasa popularidad de la corona en los países Bajos. Puede que su análisis no fuese acertado, si tenemos en cuenta el fracaso de ofertas y propuestas, pero también puede que se debieran a la imposibilidad de que triunfasen, por la falta de disposición de gran parte de los rebeldes a transigir, en especial de Orange, tras ver los resultados que iba obteniendo, ya que el espíritu nacional e independentista iba calando en gran parte de la sociedad, especialmente en la burguesía; además los rebeldes seguían reivindicando una libertad de culto, así como la restauración de las viejas cartas y privilegios suspendidos por la rebelión, y la expulsión de los españoles de todos los puestos civiles y militares, así como la salida de las tropas españolas de los Países Bajos.

En las conferencias celebradas en Breda con flamencos y valones la primera y con holandeses la segunda, don Luis propuso el perdón general a sublevados y emigrados a cambio de que volvieran a la obediencia del catolicismo y del rey; accedió a la supresión del Tribunal de Tumultos, la revocación de los impuestos establecidos por el duque de Alba, la retirada de la estatua de éste que se erigió en Amberes, etc. Sin embargo, Requesens requería de la confirmación regia para poder implantar todas estas medidas, por lo que su puesta en práctica se fue alargando en exceso, tanto es así que algunas de ellas no se realizaron sino después de la muerte del Comendador en 1576.

El propio Requesens se quejaba de que la opinión pública de estas tierras era totalmente favorable a los rebeldes:

“Todo el mundo está convencido de que los rebeldes tienen razón. El rey no puede imaginar hasta qué punto la

opinión pública está de su parte. Creen todo lo que ellos dicen como si fuera palabra de Evangelio”⁶⁰.

Tras el fracaso de sus propuestas, por la no admisión de los rebeldes, que se veían fuertes, Requesens fue asumiendo las tesis de la importancia de la acción militar para la resolución de las revueltas. Las armas le fueron dando victorias importantes, aunque carecía de una armada que liberase el mar del poderío rebelde, que seguía siendo quien dominaba este campo, pero ni siquiera pudo rentabilizar las victorias militares, pues la falta de recursos seguía provocando motines en las tropas, como pasó tras la batalla de Mock, en abril de 1574, donde las tropas amotinadas se presentaron en Amberes ante Requesens demandando lo que se les adeudaba, sitiando la plaza durante mes y medio, consiguiendo su apaciguamiento sólo gracias a la promesa de pago lo antes posible y con la entrega de paños y telas proporcionados por los comerciantes de Amberes. Este acontecimiento tuvo graves consecuencias políticas en términos de desprestigio para el propio gobernador, resultando su imagen muy deteriorada, “tanto más estando él mismo presente físicamente en la misma ciudad mientras ocurrían los hechos, por lo que se consideró excesiva debilidad y condescendencia para con los amotinados”⁶¹.

Pero el hecho que más empañó las victorias militares de Requesens fue la quiebra de las arcas reales en 1575, ya que tras imponerse sobre las fuerzas de Guillermo de Orange en la isla de Zelanda, la declaración de bancarrota en septiembre de 1575 privaba a Requesens de la confianza y el préstamo de banqueros y mercaderes, no pudiendo hacer frente al pago de las soldadas debidas.

Todo esto provocó un gran disgusto y lamento en Requesens, que contemplaba como los rebeldes, con muchos menos recursos seguían resistiendo. Así escribió

⁶⁰ Carta escrita por Requesens a Felipe II informándole de las conversaciones con católicos y protestantes. GACHARD, L.P. *Correspondance de Philippe II sur les affaires des Pays-Bas*. Bruselas-Gante 1848-1851, III, p. 340-341.

⁶¹ CAJAL VALERO, A. Op. Cit, p. 97.

“antes de mi llegada no podía comprender cómo los rebeldes podían mantener flotas tan considerables, mientras Vuestra Majestad no podía mantener ni una. Ahora veo que hombres que luchan por sus vidas, sus familias, sus bienes y su falsa religión, en suma, por su propia causa, se conforman si reciben sólo raciones sin paga”⁶².

El 25 de marzo de 1576 fallecía de peste don Luis de Requesens. La rapidez de los acontecimientos imposibilitó que se tomasen las medidas oportunas referentes a la sucesión, por lo que se dio un estado de falta de poder que sería aprovechado por los rebeldes. El Consejo de Estado se hizo cargo del gobierno de las provincias y el ejército quedó al mando del duque de Mansfield. Esta situación fue ratificada posteriormente por el propio Felipe II, confiando en que al estar formado el Consejo por naturales del país sabrían llevar a mejor término la guerra. Sin embargo esto fue catastrófico para los intereses de la corona pues el Consejo de Estado estaba lleno de traidores y personas que sólo miraban por sus intereses.

La última actuación de don Luis de Requesens fue comunicar al rey que la mejor solución para poner fin a la guerra de los Países Bajos era la de poner precio a la cabeza de Guillermo de Orange, considerando que si se suprimía al cabecilla de la revuelta ésta se extinguiría por falta de líder.

Mientras tanto, las tropas españolas estaban asediando la ciudad Zierickzee, que, tras ver que no podía recibir auxilio, acordó rendirse con el pago de doscientos mil florines, sin embargo no hubo tiempo a realizar el pago, ya que los soldados españoles tomaron la villa saqueándola, y con posterioridad se amotinaron por el impago de las soldadas, dirigiéndose a la ciudad de Alost, donde se hicieron fuertes.

Orange aprovechó la ocasión que le proporcionaba la muerte de don Luis de Requesens, el motín de las fuerzas españolas y la falta

⁶² Texto recogido por Lindsay, LINDSAY, T.M. Op. Cit, p. 279.

de pagas, entablando conversaciones con miembros del Consejo de Estado y gobernadores de villas para organizar una revuelta generalizada. Los Estados Generales del sur y el Consejo de Estado se reunieron para dar forma a un tratado que permitiera la unificación del país a pesar de sus diferencias religiosas. En la “Pacificación de Gante” quedaban comprometidas las provincias del sur, representadas en los Estados Generales reunidos en Bruselas y las provincias de Holanda y Zelanda para aunar fuerzas en torno a un programa concreto: la expulsión de los españoles y otras fuerzas extranjeras, y la convocatoria de una reunión de delegados de las diecisiete provincias para acordar una fórmula que hiciese posible resolver la cuestión religiosa. Acordaban además en nombrar a Guillermo de Orange como gobernador de las diecisiete provincias y almirante general de Holanda y Zelanda. Pero su actuación no se quedó en esta declaración, ya que se acordó asesinar a todos los españoles, descubriéndose una carta firmada y sellada por el Consejo de Estado, así como se repartieron armas a los civiles. La reacción de las tropas españolas fue la de encerrarse en las pocas plazas y castillos que controlaban.

En esta situación se encontraban todas las tierras de los Países Bajos, cuando se produjo uno de los acontecimientos que más influyó en la opinión pública del momento y que peor imagen dio de las tropas españolas, el “saco de Amberes”, ciudad importante de Flandes, a orillas del Mosa, en la que se había levantado un castillo que se encomendó a un veterano de los Tercios, Sancho Dávila, al mando de una pequeña guarnición de españoles. En octubre de 1576, un ejército rebelde de veinte mil hombres se dirigió a Amberes donde la población les abrió las puertas. Una vez establecidos en la ciudad comenzaron a batir las defensas del castillo defendido por Dávila y a asediarlo. Los españoles amotinados de Alost, salieron de esta ciudad y se presentaron en el castillo de Amberes para socorrer a sus compañeros. Con este refuerzo los defensores del castillo de Amberes contaban con unas fuerzas de dos mil infantes españoles y ochocientos alemanes y quinientos jinetes, mientras que los rebeldes de Amberes sumaban un total de veinte mil hombres. Los españoles, viendo la diferencia numérica decidieron que la única forma de salvarse era atacar, por lo que decidieron salir del castillo y atacar la ciudad, consiguiendo, gracias a la sorpresa y al ímpetu de su acción derrotar a

los rebeldes y conquistar la ciudad que durante tres días fue saqueada por las tropas españolas. Este hecho dio origen a la expresión “furia española”.

Don Juan de Austria. 1576-1578

En noviembre de 1576 llegaba a Flandes el nuevo Gobernador General de los Países Bajos, don Juan de Austria, hermanastro del rey Felipe II, y por lo tanto hijo del emperador Carlos V; pero no sólo su relación familiar era la que le abalaba para este puesto, pues había sido el vencedor de la rebelión de los moriscos en las Alpujarras, de las campañas de Túnez y sobre todo de Lepanto, frente al turco.

Nada más llegar mandó cartas al Consejo de Estado anunciando de su llegada como Gobernador y de la intención del rey de conceder un perdón general, así como el compromiso de la salida de las tropas extranjeras. Envalentonados ante cualquier actuación que pudiese ser interpretada como de debilidad, la respuesta de los estados Generales fue una negativa a reconocerlo como gobernador a menos que aceptase jurar la “Pacificación de Gante” y los privilegios de las provincias. Don Juan se vio forzado a aceptar la “Pacificación de Gante”, lo que suponía la retirada de las tropas españolas de los Países Bajos y así el siete de enero de 1577 firmaba el “Edicto Perpetuo”, en el que se incluían los acuerdos de la “Pacificación de Gante”, comprometiéndose los firmantes a aceptar los acuerdos contenidos en ella: las provincias rebeldes reconocerían a Felipe II como su rey y a Don Juan de Austria como su representante; el respeto al catolicismo en las provincias rebeldes; los tercios españoles, italianos, alemanes y borgoñones deberían abandonar el país en un plazo de veinte días tras la ratificación del edicto por parte de Felipe II; ambas partes firmantes renunciarían a toda alianza contraria al edicto, refiriéndose a alianzas con Francia, Inglaterra y los protestantes alemanes; y se concedía una amnistía general.

Don Juan de Austria era consciente de que no contaba ni siquiera con el apoyo de las provincias católicas, ya que el 9 de enero de 1577 se aliaban entre ellas contra los españoles, firmando “La

primera Unión de Bruselas”, en la que se imponían severas exigencias a los españoles, ratificando lo recogido en la Pacificación de Gante¹; por lo que si no aceptaba sus términos no podría contar ni siquiera con su apoyo.

Tras la ratificación del Edicto Perpetuo por Felipe II², las tropas españolas entregaban los castillos y plazas a los naturales del país y salían de los Países Bajos hacia Italia. Don Juan se quedaba sin el apoyo necesario ante las actuaciones de los naturales, especialmente de los nobles y miembros del Consejo de Estado, que tuvieron a don Juan como un gobernador sin gobierno. Éste adoptó una posición pacífica, admitiendo todo lo que se le planteaba por el Consejo de Estado y por los Estados Generales; sin embargo esta política no tuvo resultados, ya que al carecer de fuerzas que obligase a los naturales de estas tierras a actuar según su mandato se veía como un títere. La situación se hizo tan problemática e insegura que don Juan decidió abandonar Bruselas, sede de la corte, e instalarse en Malinas, pero poco después de llegar, tuvo noticia de un complot para asesinarlo, por lo que mediante una estrategia se hizo con el castillo de Namur, donde se hizo fuerte y reclamó la vuelta de los soldados de los tercios de Italia.

Una vez que de don Juan salió de Bruselas, Guillermo de Orange se presentó en la ciudad, siendo aclamado por la población, recibiendo el gobierno de la provincia de Brabante. No obstante los católicos de las provincias del sur, recelando de la actitud de los protestantes en las provincias gobernadas por éstos, decidieron buscar un gobernador que garantizase su posición; así se dirigieron al archiduque Matías, hermano del emperador Rodolfo, ofreciéndole el

¹El texto, traducido al inglés, se encuentra en MELLINK, A.F. (1974). *Texts Concerning the revolt of the Netherlands*. Cambridge University Press, Cambridge, doc. 24 p. 133-134, el texto ha sido consultado en http://www.dbnl.org/tekst/koss002text01_01/koss002text01_01_0026.php (5 de febrero de 2014).

² El texto completo, en español, de la ratificación del acuerdo por Felipe II, firmada el 17 de enero de 1577, está recogido por Bernardino de Mendoza en sus comentarios a los diez primeros años de la guerra de Flandes. MENDOZA, DE, B. Op. Cit, folios 319v-334v.

gobierno de los Países Bajos. El archiduque Matías se presentó en Bruselas, desatendiendo la opinión de su propio hermano.

El 10 de diciembre de este mismo año, los Estados Generales de las provincias católicas, declararon a don Juan de Austria “infractor de la Pacificación de Gante” que había jurado, y consecuentemente “enemigo de la patria”; también decidieron firmar un segundo tratado, conocido como “Segunda Unión de Bruselas”, en el que se unían a las provincias protestantes de Holanda y Zelanda, imponiendo como gobernador al archiduque Matías en nombre de su Majestad Católica, con un interés grande en salvaguardar su catolicismo frente a la ocupación de cargos públicos por calvinistas holandeses y zelandeses, poniendo muy en peligro a los católicos y sus bienes, ampliando el contenido de la primera declaración de Bruselas de acuerdo con los intereses del propio Orange³.

Ante la situación tan precaria en que se encontraba don Juan, casi sitiado en la fortaleza de Namur, se vio forzado a pedir el auxilio de las tropas españolas que habían regresado a Italia⁴. El rey Felipe II accedió a lo realizado por su medio hermano y, gracias a la llegada de la flota de Indias, pudo armar un ejército para mandarlo en socorro de don Juan de Austria. Así a finales de 1577 llegaba a Luxemburgo un ejército formado por unos veinte mil hombres, de los cuales seis mil eran veteranos españoles, que acudían de nuevo desde Italia a Flandes, bajo el Mando del tercer duque de Parma y de Plasencia, Alejandro Farnesio, hijo de la Gobernadora Margarita de Parma, y por lo tanto sobrino del rey Felipe II y de don Juan de Austria.

³ El texto, traducido al inglés, se encuentra en MELLINK, A.F. (1974). Op. Cit, doc. 29 p. 145-148, el texto ha sido consultado en http://www.dbnl.org/tekst/koss002text01_01/koss002text01_01_0026.php (5 de febrero de 2014).

⁴ El texto completo de la carta enviada por don Juan a los tercios viejos de Italia está recogida en la Historia de España de Modesto Lafuente. LAFUENTE, M. (1887-1890). *Historia General de España desde los tiempos primitivos hasta la muerte de Fernando VII*, Barcelona, Tomo X, pp. 96-97. El texto digitalizado ha sido consultado en <http://bibliotecadigital.jcyl.es/i18n/consulta/registro.cmd?id=7259> (6 de febrero de 2014).

A principios de 1578, el 31 de enero, las tropas capitaneadas por don Juan de Austria y Alejandro Farnesio derrotaron al ejército de los Estados Generales en la batalla de Gembloux, lo que provocó que Orange y gran parte de los nobles flamencos abandonasen Bruselas y se replegasen a Amberes, ciudad considerada más fácil de defender. Los ejércitos españoles, fueron avanzando, consiguiendo victoria tras victoria, por lo que en poco tiempo controlaba completamente Henao, Namur, Brabante y Luxemburgo; pero la falta de financiación volvió a preocupar a don Juan, quien mandó a su secretario, Escobedo, para presentar al rey la necesidad de ayuda en hombres y sobre todo financiera para poder continuar con las campañas en los países Bajos. Como es bien sabido, Escobedo no sólo no tuvo éxito en su misión, sino que resultó víctima de un complot de asesinato, que la historiografía moderna atribuye a Antonio Pérez, con el beneplácito del propio rey Felipe II⁵.

Mientras tanto el príncipe de Orange conseguía el apoyo de los enemigos tradicionales de España, Francia, Inglaterra y los protestantes Alemanes. Un ejército de doce mil mercenarios alemanes, financiado por la reina Isabel I de Inglaterra, mandados por el duque Juan Casimiro, hermano del electo palatino, entraba desde el este en apoyo de los calvinistas; mientras que por el sur, entraba el duque de Anjou, al mando de un ejército francés, teóricamente en apoyo de los católicos flamencos contrarios a España.

Pero la calamidad se apoderó de don Juan, ya que poco más de un año después de su llegada a los Países Bajos, el 1 de octubre de 1578, moría de disentería, si bien en este caso si tuvo la lucidez y la buena acción de dejar solventado el problema sucesorio, nombrando como Gobernador General de los Países Bajos y Capitán General de los ejércitos a Alejandro Farnesio, lo que fue ratificado por el propio Rey Felipe.

⁵ FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, M. Op. Cit. pp. 593-604.

El gobierno de Alejandro Farnesio.1578-1592

El tercer duque de Parma y de Plasencia, Alejandro Farnesio, no sólo era sobrino del rey, sino que era hijo de la gobernadora Margarita de Parma, y había vivido en estas tierras, por lo que conocía sus peculiaridades y problemática; se había formado en la Universidad de Alcalá y había actuado como diplomático y militar a las órdenes del rey, siendo considerado por algunos historiadores como uno de los más importantes hombres del quinientos europeo⁶.

Pero Alejandro Farnesio no era sólo un gran militar, que supo llevar a sus tropas a conquistar gran parte del territorio del sur de las provincias, sino que también era un gran diplomático, logrando, tan sólo tres meses después de acceder al gobierno, el 5 de enero de 1579, que las provincias católicas del sur se coaligaran en la “Unión de Arras”, con el objetivo final de seguir siendo fieles a la corona española y mantener el catolicismo en sus tierras, sobre la base de la Pacificación de Gante. Las partes firmantes de la unión fueron: El condado de Henao, Artois, Lille, Douai y Orchies. Las provincias de Namur, Luxemburgo y el Ducado de Limburgo, pese a ser favorables a la Unión de Arras, no firmaron el acuerdo.

Farnesio se dio cuenta que en los Países Bajos cada vez se identificaba más la independencia con la Reforma, el calvinismo era la religión que había provocado la rebelión y por tanto debía ser la religión de estas tierras, y en consecuencia a los católicos no les quedaba otra vía para garantizar su seguridad que la reconciliación con el rey.

En esta actuación es evidente que Alejandro Farnesio se vio favorecido por los excesos cometidos por los calvinistas, intransigentes, crueles e intolerantes, especialmente en la ciudad de Gante, donde asesinaron a cientos de religiosos, clérigos o simples laicos, sin que Orange hiciese nada por evitarlo, si no es que incitó a ello. Lo cierto, como afirma Fernández Álvarez, es que la actuación de los calvinistas de Gante no tuvo nada que envidiar a la de la

⁶ *Ibíd.*

persecución española con la Inquisición, con hogueras en las que quemar vivos a curas, frailes y monjas que caían en sus manos⁷, pero en este caso sin realizar un proceso más o menos justo, y por lo tanto sin quedar constancia de los mismos.

La respuesta de los calvinistas no se hizo esperar y sólo veinte días después, el 23 de enero, se firmaba la “Unión de Utrecht”, formada por las provincias rebeldes de Holanda Zelanda, Utrecht, las Güeldres y Zutphen. A las que, entre enero de 1579 y abril de 1581, se sumaron los territorios de Groninga, Friesland, Drente, Overijssel, Brabante y Flandes.

La constitución de estas dos ligas determinó la definitiva separación entre el norte protestante y el sur católico, apareciendo lo que sería un nuevo estado protestante, las Provincias Unidas.

Sin que cesasen las operaciones militares, la diplomacia también actuó y así en este mismo año, se producía una reunión a instancias del emperador Rodolfo en la ciudad de Colonia, con el propósito de alcanzar algún acuerdo y acabar con la revuelta. En este encuentro se reunieron delegados del gobierno rebelde del archiduque Matías y de Orange con delegados mandados por el rey Felipe II, buscando un acuerdo que evitase la ruptura. Los delegados protestantes habían ofrecido la paz y la obediencia al monarca a cambio de la libertad religiosa y el mantenimiento de su sistema político. Como afirma Martínez Millán y de Carlos Morales, “en Colonia quedó claro que Guillermo de Orange quería seguir manteniendo los poderes que había conseguido en 1576, (y en Holanda y Zelanda ya en 1572) aunque no deseaba una ruptura abierta con Felipe II”⁸.

A este respecto hay que tener en cuenta que en Europa el levantamiento de un noble contra su señor natural era un hecho de la máxima gravedad, ya que suponía un acto de rebelión contrario a todo

⁷FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, M. Op. Cit. p. 542

⁸ MARTÍNEZ MILLAN, J. y DE CARLOS MORALES, C.J. (2011). Op. Cit, p.251

el derecho político de la época; el súbdito sólo se podía revelar contra su señor cuando éste se convertía en tirano, y eso no es porque aplicase unas normas más o menos severas, sino porque el señor se salía del derecho, sus actuaciones eran contrarias a derecho, principalmente al derecho natural, que debía regir toda la actuación de un señor frente a sus vasallos. En este caso el vasallo se podía revelar contra su señor natural y buscar otro señor, o intentar vivir de forma independiente. Por ello Orange, aunque se ponga en duda su actuación, no podía poner de manifiesto de forma explícita que rompía con su señor natural, el rey Felipe II, pues debía tener una causa justa que lo justificase; además, en las demás monarquías de Europa, no lo aceptarían, pues su ejemplo podría ser seguido por sus propios súbditos; por eso vemos como tanto franceses, como ingleses, como alemanes protestantes apoyan su causa y defienden sus intereses, pero en ningún momento, hasta ahora, propugnan o defiende su separación, ya que esto llevaría a que otros súbditos propios también lo quisiesen hacer y pudiesen levantarse contra sus señores.

Por ejemplo, las revueltas y guerras de religión que se dan en Francia en esta misma época, no reivindican una separación, pues supondría un ataque directo al señor natural, que era el rey de Francia; de igual manera, los conflictos religiosos en Inglaterra desde Enrique VIII, produjeron persecuciones y revueltas, pero en ningún caso se reivindicó una separación o independencia, pues supondrían igualmente un ataque al derecho político de la época; y lo mismo podríamos decir de los conflictos religiosos de Alemania, en los que no se reivindicaba una desvinculación jurídica y política del emperador, ya que en ese caso se atacaría al señor natural. En todos los casos, fuese cual fuese el resultado final, distinto en cada caso, se reivindicaban cuestiones que podríamos denominar de carácter personal, como es la libertad de creencia o de culto, pero en ningún caso una separación o independencia del señor natural.

La firma del tratado de Arras y su aceptación por la corona obligaba entre otras cosas a la salida de las tropas extranjeras, y por lo tanto de los tercios españoles. Farnesio solicitó al rey `poderse ir con las tropas con las que había venido, pero el rey le pidió que se quedase como gobernador y que organizase un nuevo ejército, con naturales

del país. La guerra de Portugal dificultaba su misión, ya que impedía que el rey le mandase dinero, lo que además de impedir la leva de un ejército suficiente para controlar la situación de las provincias, dificultaba la salida de los soldados españoles ya que reclamaban las pagas atrasadas. La situación seguía siendo difícil para la corona ya que sólo se tenía el apoyo de tres provincias y parte de una cuarta, mientras que los rebeldes tenían el apoyo de un mayor número de provincias, a lo que habrá que sumar los apoyos internacionales.

La nobleza flamenca también mostraba signos de desunión por las tensiones surgidas a la hora del reparto del poder, ya que Orange siempre demostró un interés propio en concentrar el máximo poder en sus manos. Los duques de Borneville y Horn crearon en Henau su propio ejército, “los malcontentos”, para defender sus intereses tanto frente a españoles como a rebeldes, poco después se les unió el duque de Schot, que había sido hecho prisionero por Orange al no plegarse a sus intereses. Éstos tres nobles llamaron al duque de Alençon, para que les apoyase en su lucha, sin embargo, acabaron uniéndose a Orange, que recibió el apoyo de Juan Casimiro, hermano del electo palatino, que desde Alemania acudía con un numeroso ejército. Todos juntos formaron un poderoso ejército de cuarenta mil infantes y diecisiete mil jinetes; por suerte para los intereses españoles en Flandes, al no conseguir hacerse con ninguna ciudad leal al rey y por lo tanto no conseguir los resultados buscados, pronto surgieron tensiones entre los mandos de este ejército, siendo el duque de Alençon el primero que abandonó, al que siguió poco después por Juan Casimiro, que se volvió a Alemania. Alejandro Farnesio reaccionó emprendiendo una campaña victoriosa en la que consiguió conquistar Maastricht en junio de 1579.

El archiduque Matías, gobernador nombrado en un principio por las provincias católicas, fue poco después utilizado por el príncipe de Orange, quien se le atrajo hacia sus posturas, convirtiéndole en un títere en sus propias manos y en las de los Estados Generales, que se negaban a ceder soberanía, esperando que el gobernador ejerciera sólo funciones representativas. Poco después se intentó nombrar al duque de Alençon también como gobernador, aunque tampoco llegó a buen término, y por último se produjo una declaración de independencia,

fundando una “república” separada de la tutela real, si bien, en la realidad quedaba bajo el control de Orange y de la casa de Nassau.

Aunque desde hacía tiempo la reina Isabel I de Inglaterra había decidido apoyar a los rebeldes de los Países Bajos, cediéndoles el uso de los puertos de la costa inglesa y con ayuda económica, en estos momentos dio un paso adelante mandando tropas a atacar ciudades leales al rey, como es el caso de Malinas, que fue atacada y saqueada por las tropas inglesas.



Saqueo de Malinas por los ingleses

En un intento de resolver el conflicto de los Países Bajos, dando un cambio de rumbo a su política, Felipe II decidió dividir el poder de estas tierras entre el Propio Alejandro Farnesio y su madre la princesa Margarita de Parma; quedando el mando militar para Alejandro y el político para la gobernadora. Sin menospreciar a su madre, Alejandro manifestó al rey lo perjudicial de esta actuación, por lo que dio marcha atrás y dejó a Alejandro Farnesio como único gobernador y Capitán General de Flandes.

La situación en Flandes era muy difícil, ya que el que España dedicase la mayoría de sus recursos económicos y humanos a la campaña de Portugal, impedía el envío de dinero que facilitase a Farnesio tener un ejército suficiente para contrarrestar las ofensivas que sufría. Los franceses, al mando del duque de Alençon, volvían a atacar por el sur, y Orange, sabedor de que “la jornada de Portugal” no duraría ya mucho y Felipe II se vería libre para poder mandar ayudas a Flandes, decidió volver a la ofensiva, no sólo militar, sino también política, convocando a los Estados Generales en Amberes y ofreciendo el gobierno de los Países Bajos al duque de Alençon y príncipe de Anjou, Francisco de Valois, hermano del rey de Francia, aunque la intención del de Orange, al igual que había pasado con el archiduque Matías, era la de quedarse como gobernador general en su nombre, siendo así él quien gobernase verdaderamente estos estados.

El 15 de marzo de 1581 Felipe II declaraba rebelde a Guillermo de Orange como traidor, poniéndole fuera de la ley y poniendo precio a su cabeza, siguiendo la recomendación de don Luis de Requesens. Este acto real propicio que Orange se viera libre de trabas por lo que podía abjurar de la obediencia al rey, su señor natural, ya que éste era quien había dado el primer paso. Poco después consiguió que los Estados Generales de las Provincias Unidas, reunidos en La Haya, hiciesen lo mismo y se separasen de la obediencia del rey, firmando el Acta de Abjuración, el 26 de julio de 1581. No obstante había que justificar la rebelión del vasallo contra su señor natural, lo cual sólo era conseguible si la maldad del rey era de tal naturaleza que le obligaba a ello; la propaganda que tan buen resultado le había dado desde los primeros momentos de la rebelión también fue determinante en este momento, así Orange publicaba su

“*Apologie*” en la que se acusaba al rey de ser bígamo, pues se decía que tenía un matrimonio secreto anterior al contraído con Isabel de Balois, incestuoso, al casarse con la prometida de su hijo el príncipe don Carlos, y de asesino y parricida, ya que se le acusaba de haber asesinado a su esposa Isabel para poderse casar con su cuarta esposa, Ana de Austria, y a su hijo primogénito, don Carlos.

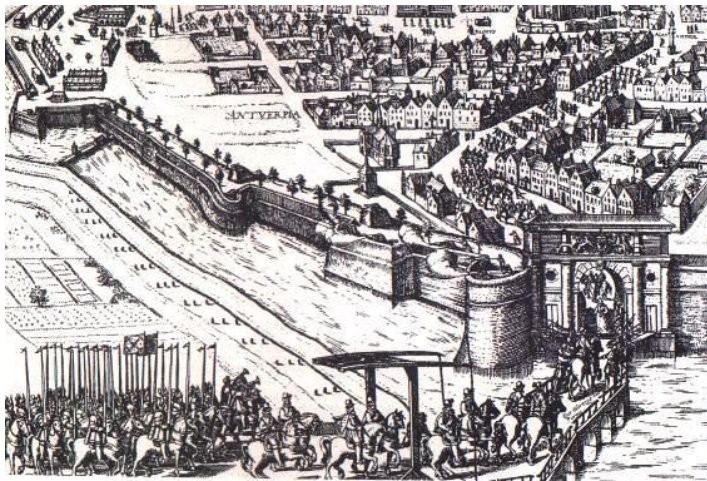
En febrero de 1582 el príncipe de Orange recibió la ayuda de tropas inglesas que le mandaba Isabel I y en ese mismo mes el duque de Alençon entraba en Amberes como nuevo soberano de los países Bajos. Poco después, el 18 de marzo Guillermo de Orange sufría un atentado a manos del comerciante vizcaíno Juan de Jáuregui, aunque salió con vida del mismo. La situación militar se complica con la intervención de Inglaterra y de Francia en apoyo de los rebeldes, las tropas de Alejandro Farnesio, formadas por naturales de Flandes, no eran suficientes para contrarrestar a los ejércitos de Orange, y siguiendo las recomendaciones del primero, quien sostenía que se necesitaba de la experiencia y calidad de las tropas españolas, los valones fieles al rey solicitaron la vuelta de los tercios españoles. En noviembre el rey de Francia decidió mandar tropas en ayuda de su hermano, por lo que el de Alençon decidió tomar el poder real y hacerse con una serie de ciudades que puso bajo la corona de Francia, lo que no fue bien visto por los naturales de estas ciudades que no eran liberados de los españoles, sino para ser puestos bajo los franceses. En esta campaña, el duque de Alençon entró en Amberes, ciudad en manos de los rebeldes, saqueándola, por lo que sus habitantes se levantaron contra él y le causaron una importante derrota, tras la que el francés decidió ponerse de nuevo bajo las órdenes del de Orange y desistir de su intento de gobierno independiente.

Alejandro Farnesio, contando de nuevo con las tropas de los Tercios Viejos, iba de victoria en victoria, y tras el triunfo de Felipe II en Portugal, donde fue jurado como rey, consiguió que éste le enviase dinero y refuerzos, continuando con sus victorias militares, pero también políticas.

En junio de 1584 moría el duque de Alençon, perdiendo los rebeldes el apoyo de Francia, y un mes más tarde, el 10 de julio, el

borgoñón Baltasar Gerard asesinaba a Guillermo de Orange. Este asesinato no consiguió lo que pretendía el rey Felipe al poner precio a la cabeza del de Orange, pues los Estados Generales, reunidos en Amberes decidieron seguir en rebeldía y dar el título de Gran Almirante de la confederación, así como el gobierno de Holanda, Zelanda y Utrecht al segundo hijo del de Orange, Mauricio de Nassau. También aprobaron nombrar como soberano al rey de Francia, pero éste rehusó.

Farnesio seguía con sus campañas militares consiguiendo victorias en todas ella. Decidió que era necesario reconquistar la ciudad de Amberes, tanto por su importancia estratégica como simbólica. En julio de 1584 comenzó el sitio de la ciudad y tras siete meses de duros trabajos, en febrero de 1585, se concluían las obras del cerco de Amberes, mientras seguían cayendo ciudades de Flandes en manos de Farnesio, como Nimega, Bruselas o Gante. Tras durísimas luchas, intentos de ruptura del cerco y de meter auxilio en la ciudad, se entablaron negociaciones y en agosto se rendía la ciudad sin saco de las tropas, haciendo Alejandro Farnesio su entrada triunfal en Amberes.



Entrada triunfal de Alejandro Farnesio en Amberes

Una de las actuaciones que más favoreció al duque de Parma, durante su gobierno de los países Bajos, fue que en la mayoría de sus conquistas se mostraba generoso con los vencidos, evitando el saqueo de las ciudades conquistadas, incluso en los casos en los que éstas se habían resistido y sólo se habían rendido tras un cerco y sitio formal, lo que en el derecho de la guerra del momento suponía el derecho de saqueo de las tropas tras su conquista por asalto o por rendición. A su vez este modo de actuar perjudicaba a los rebeldes, ya que las ciudades que veían como se presentaba Farnesio ante sus murallas, no resistían indefinidamente, por el miedo que les causaba ser derrotado y por lo tanto objeto de saqueo, sino que se rendían, sabiendo que con el pago de un subsidio evitarían males mayores

Las campañas victoriosas de Farnesio propiciaron que los rebeldes, con intención de obtener ayuda, ofrecieran la corona de los países Bajos a la reina Isabel I de Inglaterra, quien la rechazó; no obstante, no se quedó inactiva, pues mandó una ayuda consistente en un ejército de siete mil hombres al mando del conde de Leicester, quien llegó a las costas flamencas en enero de 1586, siendo investido como gobernador general y Capitán General de los Estados.

Alejandro Farnesio seguía cosechando victorias, también frente al de Leicester, que sólo obtenía derrotas. Los estados Generales acusaron al duque de Leicester de despilfarrar el dinero público, de perjudicar al comercio de los estados, de ser orgulloso con los nobles y despótico con el pueblo, de violar los privilegios de la tierra y de incumplir los acuerdos entre los Estados y la reina Isabel. Por ello, en la reunión de los Estados, de febrero de 1587, se confiere el poder a Mauricio de Nassau; en diciembre de este año, tras no cosechar más que derrotas, el duque de Leicester, es llamado a Inglaterra y obligado a dimitir de sus cargos, aunque no fue condenado por los abusos cometidos.

La actuación de la reina Isabel I de Inglaterra en el conflicto de los Países Bajos la podemos resumir perfectamente en el texto del cardenal Faminiano Estrada:

“luego que nació la rebelión, la recibió ella a su amparo, y aun antes que naciese maduró el parto, concitando al príncipe de Orange y a los pueblos de Flandes a ella con dinero y gente que las provincias de las Indias habían sido maltratadas del Draque, de Condit, y otros ministros de sus designios; embargado el dinero real y detenidas las naves en Inglaterra; tratado Antonio como rey en Portugal y armado contra los españoles; el de Alençon llevado con el falso envite de las bodas a Inglaterra y de allí aprestado para tomar la corona de Brabante;...que la inglesa, enemiga ya sin embozo, había tomado por su cuenta el patrocinio de los flamencos, y como en guerra rota al descubierto, enviado con grandes auxilios al de Leicester y armado a los pueblos contumaces con el levantamiento”¹.

Las cosas para Alejandro Farnesio y para los intereses de España en Flandes se torcieron debido al compromiso de Felipe II en la defensa de la fe católica, que junto a los católicos franceses y el papado formaron la “Liga Católica”, coalición que quería impedir la llegada al trono de Francia del duque de Bearne, Enrique de Borbón, de religión calvinista, y cabeza de los hugonotes franceses. Por ello se anteponía la defensa del catolicismo a los intereses en los Países Bajos. Para cumplir sus compromisos con la liga, Felipe II ordenaba al duque de Parma que mandase sus hombres a Francia, para socorrer a la ciudad de París cercada por el de Borbón.

En el verano de 1590 Alejandro Farnesio preparaba sus tropas para socorrer París, aunque no dejaba de manifestar sus quejas, pues temía perder lo que tanto le había costado conquistar, ya que en estos momentos sólo dos provincias, Holanda y Zelanda, estaban en poder

¹ ESTRADA, FAMINIANO. (1701). *Segunda década de las guerras de Flandes desde el principio del gobierno de Alejandro Farnesio, tercer duque de Parma y Plasencia*. Traducida por Melchor de Novar, Tercera impresión, Amberes, pp. 578-579.
http://books.google.es/books?id=6ljRUoSA_tEC&pg=PA155&lpg=PA155&dq=segunda+d%C3%A9cada+de+la+guerra+de+flandes&source=bl&ots=HqkKmsk72v&sig=dxoq33lz-5dqgixk5ixAx8wIPy0&hl=es&sa=X&ei=jCQDU6uCBamM7AaO1IBQ&ved=0CDQ6AEwAQ#v=onepage&q=segunda%20d%C3%A9cada%20de%20a%20guerra%20de%20flandes&f=false

de los rebeldes, mientras que cuando él se hizo cargo del gobierno, la situación era la contraria, y sólo tres provincias estaban controladas por leales a la corona. En un principio mandó dos tercios a Francia, uno de españoles y otro de italianos, pero lo desastroso de la campaña le obligó a acudir en persona con sus tropas. A principios de Agosto salía de Flandes con un ejército de catorce mil infantes, y tres mil jinetes. Toda Europa estaba pendiente del resultado de esta campaña, ya que el futuro de Francia, y por lo tanto de Europa, estaba en juego. En Flandes las reducidas tropas reales quedaban al mando del veterano conde de Mansfield, lo que sería aprovechado por Mauricio de Nassau.

Debido a la preocupación que la situación de Flandes le planteaba a Alejandro Farnesio, su campaña en Francia fue breve, pues tras conseguir que cesase el sitio de París y que el de Borbón se retirara, volvió con su ejército por el temor a los ataques de los rebeldes. A primeros de diciembre llegaba a Bruselas, habiendo dejado cinco mil hombres en apoyo de la “Liga Católica”. La situación de las tropas reales era muy mala, los hombres estaban faltos de vituallas, municiones de guerra y sin recibir las pagas con las que poder subsistir. Como era de esperar Mauricio de Nassau no desaprovechó la situación y consiguió hacerse con algunas ciudades.

Las guerras de religión continuaban en Francia, y el duque de Bearne seguía poniendo en peligro los intereses católicos en Francia, por ello, en el verano de 1591 Farnesio volvía a recibir de España la orden de mandar sus tropas a Francia para hacer frente al de Borbón. Como se temía el duque de Parma, Nassau aprovechó la debilidad de las tropas reales que se habían quedado en Flandes y volvió a atacar, haciéndose con una serie de importantes ciudades, como es el caso de Nimega. Tras estas victorias, Mauricio de Nassau entraba en La Haya con gran pompa.

Las noticias que le llegaban a Farnesio de Flandes eran desastrosas, por lo que decidió volver de inmediato. Nada más llegar a Bruselas recibió de España la orden de regresar a Francia para apoyar a la “Liga”. No estaba de acuerdo con esta orden, ya que sabía que la marcha de las tropas de Flandes dejaría el campo sembrado para

Mauricio de Nassau, que aprovecharía la situación para volver a atacar ciudades que carecían de guarnición y apoyo; sin embargo, como buen militar, acató la orden que recibió y se preparó para volver a marchar con su ejército a Francia. Pero no pudo llevar a cabo esta nueva campaña, ya que cayó enfermo y falleció el 3 de diciembre de 1592 en Arras. Mientras tanto Nassau, como sabía Alejandro Farnesio, seguía sus campañas conquistando ciudades, que tanto le había costado conquistar al primero.

El gobierno de Alejandro Farnesio fue muy beneficioso para los intereses españoles en Flandes, por varias razones. En primer lugar porque contó con bastante más tiempo que sus predecesores, estuvo como gobernador durante catorce años, frente a los seis que estuvo el Duque de Alba, los tres de don Luis de Requesens y el escaso año que estuvo don Juan de Austria. En segundo lugar por los mayores recursos con los que contó, gracias a la menor presión del turco en el Mediterráneo, pues tras la victoria de las armas cristianas en Lepanto se firmaron treguas entre España y el turco, pudiendo disponer el rey Felipe de dinero y tropas que ya no tenía que destinar a ese frente sur.

Con Alejandro Farnesio, la corona española inició una nueva técnica de guerra consistente en debilitar la economía del enemigo. La guerra económica, que anteriormente había sufrido la propia España en Flandes y en el Atlántico, consistía fundamentalmente en la interrupción de los intercambios comerciales a través de bloqueos marítimos, fluviales y terrestres, utilizando el corso y la piratería, embargos parciales y totales. Aunque este tipo de guerra ya había sido puesta en práctica por los rebeldes de los Países Bajos y por los ingleses, con el fin de debilitar a España en estas tierras, para Echevarría Bacigalupe el no ser puesta en práctica por ninguno de los gobernadores predecesores del duque de Parma, se debió a que la guerra económica “tuvo que esperar al refuerzo del poder político en cada uno de los espacios rivales y la ampliación territorial y sectorial de las hostilidades, lo cual sólo acontecerá muy adelantada la centuria”², coincidiendo con la firma de los tratados de Arras y

² ECHEVARRÍA BACIGALUPE, M.A. (2005): Guerra y economía en Flandes, siglos XVI y XVII.

Utrecht; debemos tener en cuenta que la guerra de los Países Bajos no fue una guerra en territorio extranjero, sino en territorio propio de la Corona, y por lo tanto la guerra económica afectaba a tierras y súbditos del propio rey, así, hasta que una porción de estas tierras no se desvinculó del soberano no se pudo hacer una guerra que afectaba a toda la sociedad y a su estructura.

A juicio de Cajal Valero el mandato de Alejandro Farnesio reproduce el pensamiento de don Luis de Requesens de que era necesario atraerse el apoyo de los elementos leales de los Países Bajos y que la estrategia basada en la fórmula “divide y vencerá” era la más adecuada para enfrentar una rebelión como la de estas tierras. De esta suerte, Alejandro Farnesio se ganó a la población católica local para una cooperación activa sobre la base de la fidelidad a Felipe II y la defensa de la fe católica. Siguiendo esta línea de concertación con los católicos, España logró salvar al menos la causa hispano-católica en las provincias del sur, que integran no sólo a la actual Bélgica, sino también a Luxemburgo y una franja fronteriza de la actual Francia, que engloba Artois, Hainaut y otras comarcas. La pericia militar del duque de Parma le permitió también avanzar por las provincias Unidas y conquistar un gran número de ciudades, comprendiendo algunas de las más importantes de las que formaban la Unión de Utrecht.

Pero no todas las circunstancias fueron favorables para Alejandro Farnesio. La situación internacional fue muy perjudicial para las actuaciones de éste en Flandes. Ya se sabe que lo que no sucedió es historia ficción, pero los hechos nos señalan que lo más probable es que si el duque de Parma no hubiese tenido que distraer recursos y hombres en actuaciones externas a Flandes, podría haber terminado con la rebelión, pero como no fue así, el resultado es el que fue, y no el que podría haber sido.

La guerra entre España e Inglaterra, que tras los ataques de Draque a los barcos españoles dificultando el comercio de Indias, tuvo su mayor influencia en Flandes por la jornada de la Gran Armada, formada y mandada por Felipe II contra Inglaterra, en la que participaban los tercios que Farnesio tenía en Flandes; pero lo que más perjudicó a España en Flandes no fue esta participación, sino el sabido

desastre de dicha armada, que propició una gran pérdida económica, de medios, fundamentalmente barcos y de hombres.

El otro acontecimiento internacional que perjudicó la acción de España en Flandes fue el conflicto religioso francés. Tras el asesinato de Enrique III de Francia su heredero, el duque Enrique de Borbón, calvinista de religión, no fue reconocido por los miembros de la “Liga Católica”, que desde hacía años venía luchando con los hugonotes franceses, y contaba con el apoyo del papado y del rey Felipe II, que no querían ver en el trono de Francia a un hugonote calvinista. Estas guerras religiosas comprometían a Felipe II en la defensa del catolicismo, anteponiendo esta defensa a los intereses de Flandes; por ello ordenó a Alejandro Farnesio a mandar a sus hombres a Francia, de lo que se quejaba el duque de Parma al rey diciendo que se podía perder lo que tanto había costado conquistar. El que Felipe II diera más importancia al apoyo a los católicos franceses que a emprender una gran campaña en Flandes, como mantenía el duque de Parma, era un mal presagio para el futuro de estas tierras y para la guerra; así los últimos años del gobierno de Alejandro en Flandes, ocupados en sustentar al bando católico en las guerras de religión en Francia, supusieron un importante revés para las provincias de la corona en Flandes, pues Mauricio de Nassau aprovechó las circunstancias y se hizo con importantes ciudades y territorios que controlaba España.

A la muerte de Alejandro Farnesio, el gobierno de Flandes y el mando del ejército volvieron a recaer en el veterano conde de Mansfield, como ya había sucedido en dos ocasiones anteriormente, siendo ratificado en su cargo por el rey Felipe II. Poco después el nuevo gobernador volvía a recibir la misma orden que su predecesor, enviar tropas a Francia para apoyar a la “Liga Católica”; el leal conde obedeció y mandó un ejército de seis mil infantes y mil jinetes al mando de su hijo Carlos de Mansfield. De nuevo, la salida de tropas restaba operatividad a las tropas reales en Flandes, que, reducidas en número, se veían limitadas a llevar a cabo labores de contención de los rebeldes, de lo que de nuevo se aprovechó Mauricio de Nassau atacando ciudades que pasaban a su poder por no poder ser defendidas.

5.- Gobernadores de la Casa de Austria: Los archiduques Ernesto y Alberto

El Archiduque Ernesto

Tras el periodo de gobierno del duque de Alba y de Luis de Requesens, para evitar los conflictos derivados de poner un gobernador de los Países Bajos extraño a la familia real, Felipe II quería poner a un miembro de la casa de Austria en tal puesto, así lo hizo con don Juan de Austria, hijo del Emperador Carlos y hermano del rey, y con Alejandro Farnesio, hijo de Margarita de Parma y por lo tanto nieto del emperador y sobrino del rey Felipe II. A la muerte del duque de Parma, como no disponía de miembros de la casa de Austria de su propia dinastía, acudió a la otra rama de la familia, la del emperador Rodolfo, pensando en el archiduque Ernesto, hermano del emperador, quien accedió al nombramiento de aquel como gobernador de Flandes.

A principios de 1594 llegaba el archiduque Ernesto de Austria a Flandes. Poco después de llegar, sin atender la postura del conde de Fuentes, al mando de los tercios de Flandes, entabló conversaciones con los rebeldes del norte, a lo que Felipe II no se opuso. La respuesta de los rebeldes dio la razón al conde de Fuentes, ya que no sólo rechazaron la oferta de diálogo, sino que se dispusieron a continuar la guerra con más fuerza que nunca. Así a primeros de mayo de 1595 Nassau puso sitio a Groninga, ciudad de mayoría católica, que no siendo posible socorrer, se perdió, y con ella toda la provincia del mismo nombre, que decidió pasar a formar parte de las Provincias Unidas, recibiendo a cambio “libertad de conciencia en materia religiosa”, siempre y cuando no se hiciese profesión pública de la católica bajo pena de muerte, y se les obligó a sufragar los gastos de la guerra contra España.

La tranquilidad de los rebeldes en los Países Bajos, derivada de que las tropas reales no disponían de los medios necesarios, ni el archiduque Ernesto tenía la determinación de Alejandro Farnesio,

propició que los marinos holandeses y zelandeses decidieran, siguiendo el ejemplo de los ingleses, hacer daño a la principal fuente de financiación de la corona española, el comercio de Indias, dedicándose a la piratería en las costas americanas.

Menos de un año después de haber llegado a Flandes como gobernador, a finales de 1594 moría el archiduque Ernesto, nombrando como sucesor al conde de Fuentes, don Pedro Enríquez de Acebedo, hasta esos momentos al mando de las tropas reales en Flandes, siendo ratificado por Felipe II en el puesto.

1595 comenzó con la declaración de guerra de Francia, que, tras el fin de las guerras de religión y el ascenso al trono de Enrique de Borbón como Enrique IV, reivindicaba la devolución de las plazas francesas en manos de España, desde la guerra, en las cercanías de la frontera franco-flamenca, trasladándose a esta zona la guerra. El duque de Fuentes, con gran experiencia militar supo contener la guerra con Francia, pero este nuevo frente, debilitaba su posición en el norte, por lo que Nassau, siempre atento a los problemas españoles, supo aprovechar la ocasión para atacar desde sus posiciones en el norte.

El archiduque Alberto

Siguiendo su político de tener un gobernador de la casa de Austria, Felipe II nombraba como nuevo gobernador de los Países Bajos al archiduque Alberto, hermano del fallecido Ernesto y del emperador Rodolfo. Por iniciativa del rey Felipe había sido criado en España, donde recibió formación religiosa, estando a punto de ser nombrado cardenal arzobispo de Toledo cuando el rey le comunicó su interés por nombrarle gobernador de los Países Bajos. También tenía formación de gobierno, y había sido gobernador del reino de Portugal durante diez años, tras el acceso a su trono del rey Felipe, a quien acompañó en la conquista de este reino.

A primeros de febrero de 1596 llegaba el archiduque Alberto a Luxemburgo y el 11 del mismo mes hacía su entrada en Bruselas. Siguiendo instrucciones del propio Felipe II escribió al Magistrado y al Consejo de Gobierno de La Haya para tratar de llegar a un avenimiento con los rebeldes.

La guerra contra Francia fue muy favorable a los tercios españoles, dirigidos por el conde de Fuentes, conquistando ciudades como Calais, Adres, la doncella de Francia, y Hulst, y al año siguiente Amiens. Pero en Flandes, donde Alberto dedicaba sus energías a asuntos políticos, las cosas no eran nada de buenas ya que Mauricio de Nassau, gran estratega a la hora de aprovechar las circunstancias favorables, seguía con sus campañas conquistando poco a poco ciudades leales.

Tras tres años de guerra, en febrero de 1598 se reunían en Vervins los comisionados de los reyes de España y de Francia para tratar sobre las paces entre ambos reinos. Junto a los embajadores de España y Francia y del Papado, que actuaba de intermediario, acudían embajadores de Inglaterra y de los rebeldes flamencos que trataban de estorbar la conclusión de un tratado, que provocaría el retorno de las tropas españolas a Flandes y su disposición para hacer frente a los rebeldes. Por fin el 2 de mayo de 1598 se firmaba el “tratado de paz de Vervins” entre Francia y España, poniendo fin a tres años de guerra. Básicamente el tratado ponía en vigor el firmado treinta y nueve años antes, 1559, entre Felipe II y Enrique II, en el que se reconocía la soberanía española sobre las diecisiete provincias y los condados de Borgoña y Charluis, pasando a ser ahora dote de la infanta Isabel Clara Eugenia, hija de Felipe II e Isabel de Balois; en este tratado España se comprometía a devolver España las plazas ganadas durante la última guerra en el reino de Francia.

El 12 de julio de 1598 el archiduque Alberto recibía los poderes para gobernar como soberano de Flandes, así como el compromiso de boda con la infanta Isabel Clara Eugenia, que aportaba estas tierras como dote de su boda. El archiduque reunió en Bruselas a los Estados Generales de los Países Bajos, comunicándoles la nueva situación, y tras serle leídos los privilegios de la tierra, y jurar que los

respetaría, le fueron prestando fidelidad los representantes de las provincias.

Felipe II, muy mayor y cansado, ordenó al archiduque Alberto que regresase a España para contraer las nupcias con la infanta Isabel, por lo que dejó como gobernador de Flandes a su primo el cardenal Andrés, quedándose al mando del ejército el almirante de Aragón don Francisco de Mendoza. La división del gobierno entre el cardenal Andrés y el almirante de Aragón, provocó que surgieran tensiones y diferencias, siendo destituido de su cargo éste, manifestándose como un gran error, pues el cardenal carecía de experiencia militar y tampoco era un buen político, y el siempre atento Mauricio de Nassau lo aprovechó para seguir ganando posiciones.

Tras diez meses de ausencia, en agosto de 1599 regresaba a Flandes el archiduque Alberto, acompañado de su esposa la infanta Isabel. A su llegada se encontró con un ejército agotado y disminuido, sin pagas recibidas y malquerido por los naturales que empezaban a estar cansados de la presencia de tropas extranjeras y de guerra. Mientras los soberanos celebraban su nueva situación y recibían agasajos de las provincias leales, dejando de lado los negocios de la guerra, Mauricio de Nassau no permanecía ocioso, aprovechando la situación favorable para sus intereses.

Por aquellos tiempos llegó a Flandes un personaje peculiar, el marino Genovés Federico de Espínola, con una pequeña flota de cuatro galeras, con las que se dedicó a acometer barcos rebeldes. En estas acciones Espínola buscaba la gloria, pero también el servir a la corona, poniendo en riesgo su fortuna y su propia vida, que perdió pocos años después en estas tierras.

Estos ataques, junto a las escasas conquistas de Nassau, que reducían las aportaciones provenientes de los triunfos militares, causaban apuros a las Provincias Unidas, cuya población, también cansada de la guerra, comenzaba a protestar contra el gobierno, agobiada por las cargas de los impuestos y el mantenimiento de un ejército. Ahora fue el Archiduque Alberto quien quiso aprovechar la ocasión, mandando a España a Agustín de Herrera solicitando ayuda,

ya que si pudiese atacar pensaba que posiblemente podría sofocar definitivamente la rebelión de los Países Bajos; pero el rey desestimó esta petición y el archiduque tuvo que conformarse con lo que tenía.

Los ejércitos estuvieron tranquilos hasta mediados de 1601, en julio se ponía en marcha Nassau con un ejército de veinte mil hombres, haciéndose con la ciudad de Remberch. Como respuesta, y atendiendo a los requerimientos de los nobles flamencos, el archiduque decidió poner sitio a la ciudad de Ostende; ciudad costera de Flandes, que desde hacía años estaba en poder de los rebeldes, y desde ella realizaban ataques constantes en las tierras flamencas y sus costas. Nassau, consciente de la importancia de esta ciudad, intentó distraer tropas reales y así aflojar el cerco que se iba poniendo a esta ciudad.

Tras la aventura del genovés Federico de Espínola, al servicio de la corona española, llegaba a tierras flamencas su hermano mayor el marqués Ambrosio de Espínola con un ejército de mil hombres pagados con su propia hacienda, uniéndose a las tropas españolas. La guerra de Flandes continuaba, y Nassau estaba interesado en distraer los esfuerzos del Archiduque Alberto en el sitio de Ostende, pero éste estaba decidido a ello y no cejó en su empeño, aún sufriendo algunas derrotas, como la de Neuport.

La situación económica seguía siendo un grave problema, las pagas no llegaban y en 1602 se produjeron algunos motines, siendo el más importante el de Hostrat que implicó a tres mil soldados. El archiduque respondió de forma contundente y sin tener en cuenta los requerimientos de los amotinados, declarándoles en rebeldía, lo que perjudicaba no sólo a los amotinados sino a todo el ejército, que veía como ante la reclamación de lo debido se les ponía fuera de la ley en vez de intentar solucionar el problema.

La muerte de la reina Isabel I de Inglaterra, el 24 de marzo de 1603, supuso la llegada al trono de Jacobo I, hijo de Maria Estuardo, reina de Escocia. Este hecho fue importantísimo para la situación en Flandes, ya que desde su llegada al trono, intentó firmar las paces con

España, por los problemas internos que tenía tanto en Inglaterra como en Irlanda.

A la muerte del maestre de campo Juan de Rivas en septiembre de 1603, el archiduque Alberto nombró a Ambrosio de Espínola encargado de continuar con el cerco de Ostende, en donde destacó no sólo por su valor como general al mando de tropas, sino como estrategia de sitios, diseñando máquinas y artilugios de asedio que se hicieron famosos en su época.

Mauricio de Nassau seguía intentando relajar el sitio de Ostende, atacando diferentes ciudades con el fin de distraer al ejército real, y así poder socorrer la ciudad, como fue el ataque a la ciudad de Amberes. Viendo que estas acciones no daban resultado y que el cerco no cedía, se propuso la conquista de otra ciudad desde la que poder seguir con los ataques a las costas y tierras de Flandes, en caso de que, como parecía, cayese Ostende. La plaza elegida fue la Esclusa, y para ello Nassau entró en Flandes con un ejército de dieciocho mil hombres, poniendo sitio a la ciudad. Aunque hubo intentos de socorrer a La Esclusa, el fracaso de éstos supuso la rendición de la plaza en agosto, que cayó así en manos de los rebeldes.



Ambrosio de Espínola saca la espina que representa la ciudad de Ostende de la pata del león de los Países Bajos

La pérdida de La Esclusa supuso un duro golpe para los intereses de la Monarquía Hispana en Flandes, que minimizaba la conquista de Ostende, un mes más tarde, tras tres duros años de asedio, en donde se habían perdido recursos, tiempo y cincuenta y cinco mil vidas. Desde la llegada al trono de Inglaterra de Jacobo I, se habían producido conversaciones de paz con España, por ello el archiduque Alberto insistió al rey para acelerar la firma de una paz con Inglaterra, que aliviaría la situación en los Países Bajos pues en ellos seguía habiendo un importante contingente de soldados ingleses, que además tenían en su poder media docena de plazas. Felipe III, o mejor dicho, el duque de Lerma apresuró dicha firma, que finalmente se realizó en Londres el 28 de agosto de 1604. En este tratado quedaban implicados tanto el rey de España como el archiduque Alberto.

Entre las condiciones del tratado se recogía la devolución de las plazas que cada uno tuviese del otro, Inglaterra tenía seis plazas en Flandes, pero este vergonzoso tratado obligaba al rey inglés a devolver dichas ciudades sólo en el caso de que no fuesen reclamadas por los rebeldes; en el punto trece del tratado se suprimía unilateralmente el gravamen de un treinta por ciento que gravaba las importaciones provenientes de las islas británicas, lo que afectaba fundamentalmente a la industria de paños flamenca; y se encargaba al rey de Inglaterra la función de intermediación en futuras paces entre los rebeldes y el archiduque.

La firma del tratado de Londres supuso entre otras cosas que Inglaterra dejase de proporcionar hombres y ayuda económica a los rebeldes de los países Bajos, causando un importante perjuicio para éstos. Las campañas de Flandes continuaban, siendo Espínola quien llevaba las de ganar frente al de Nassau, pero la situación económica y política de España, con un rey inactivo y un balido pacifista, no favorecía el que Espínola aprovechara al máximo sus victorias. Es más, los rebeldes, aprovechando esta debilidad, decidieron atacar directamente a España, mandando una flota que se presentó ante Gibraltar, con intención de hacerse con navíos del comercio de Indias.

“En el dicho año de 1607, los rebeldes echaron al mar treinta navíos de guerra para que infectasen nuestras marinas. Las cuales llegaron a Gibraltar, y trataron una sangrienta pelea con los bajeles, que se hallaron en aquellos puertos en que de una y de otra parte se recibió gran daño. Pero al fin tuvieron por bien de retirarse sin llevar presa de consideración, y navegaron la vuelta de nuestras indias”³.

6.- La Tregua de los Doce Años

Ya desde 1600, Felipe III y el duque de Lerma querían una tregua en los Países Bajos que los holandeses rechazaban, ya que su situación era mucho mejor que en épocas anteriores, pero tras la toma de Ostende gran parte del ejército quedó libre para iniciar de nuevo la ofensiva. Durante 1605 y 1606 el ejército al mando de Espínola flanqueó la barrera defensiva construida por los holandeses y consiguió tomar las ciudades de Oldenzaal, Lingen, Wachtendonk, el castillo de Cracau, Lochem, Groenlo, Bredevoort, Rheinberg y derrotar a Federico y a su hermano Mauricio de Nassau en la batalla de Mülheim. Pero pese a estas victorias no se pudo penetrar profundamente en el territorio rebelde. La falta de pagas para los soldados provocó que se produjeran los mayores motines de tropas ocurridos hasta entonces y que hacían inviable continuar con la campaña.

Espínola, que se había convertido, además de capitán general de los ejércitos de Flandes, en el principal consejero de Felipe III en los Países Bajos, comprobó que la mejor opción para España era abandonar la lucha armada momentáneamente y negociar la paz. El 14 de diciembre de 1606 el Consejo de Estado aconsejó al rey Felipe III abandonar Flandes. Inesperadamente los holandeses hicieron una oferta de cese de hostilidades y la lucha finalizó el 24 de abril de 1607, por casi ocho meses.

³ ROCO DE CAMPOFRIO, J. (1973). España en Flandes. Trece años del gobierno del archiduque Alberto (1595-1808), Madrid, p. 334.

Aprovechando este periodo de tregua, el archiduque Alberto promulgó varios edictos contra cualquiera que se hubiese amotinado alguna vez desde que él llevaba en Flandes, en los que se les declaraba traidores y fuera de la ley, dándoles un plazo de un mes para salir de estos estados. El cumplimiento de estos decretos era difícil para unos soldados que se habían amotinado precisamente por la falta de pagas, necesarias para su subsistencia y mantenimiento, por lo que difícilmente podrían salir del país si no tenían medios para ello, además en muchos casos estos soldados habían contraído matrimonio con mujeres flamencas y habían formado familias que ahora se les obligaba a abandonar a su suerte. A muchos de los soldados les costó la vida el no abandonar Flandes en el plazo establecido, siendo muertos unos a manos de la justicia y otros a manos de naturales del país, para así cobrar las recompensas puestas por el archiduque.

Aunque el cese de hostilidades termino y los enfrentamientos armados volvieron, las conversaciones continuaron, estando representado el rey Felipe III por Richardot, quien ya participó en los tratados de Vervins y de Londres, como representante del rey de España, y por Ambrosio de Espínola, quedando al margen de estas negociaciones los Consejos. Felipe III se reservaba para sí mismo y para un grupo pequeño formado por sus consejeros más cercanos, la toma de decisiones en política exterior y defensa, como se puede comprobar en todo lo relativo a los Países Bajos; los archiduque no tenían una margen de maniobra, ya que debían cumplir las órdenes directas del rey de España. Felipe III dirigía personalmente las operaciones militares y se encargaba de nombrar o destituir a los distintos generales y oficiales del ejército⁴.

Tras el fallecimiento de Richardot, en enero de 1609, es nombrado Mancisidor para ocupar su puesto, acompañando a Espínola en las negociaciones con las Provincias Unidas. Ambos bandos aceptaron la presencia de intermediarios franceses, ingleses y venecianos para que el tratado no se estancara ni naufragase por la intransigencia de las dos partes. Finalmente se llegó a un acuerdo de

⁴ PARKER,G. (1986) *España y los Países Bajos*, p. 236.

tregua que se firmaba en la ciudad de Amberes el 9 de abril de 1609, estableciendo que tendría una duración mínima de doce años⁵.

Este tratado era muy perjudicial para los intereses de España en Flandes, y muy favorable para los rebeldes, en especial para la casa de Nassau, ya que la Corona se comprometía a devolver los territorios enajenados a Guillermo de Orange, cuarenta años antes, así como aquellos otros territorios que pudiesen haber correspondido por herencia a la casa de Nassau; pero lo más grave de todo, es que en el tratado se reconocía de facto la independencia a las provincias rebeldes, como recoge el texto del tratado:

“Primeramente, que los dichos señores Archiduques declaren, tanto en su nombre como en el del dicho señor rey católico, que son contentos de tratar con los dichos estados generales de las provincias Unidas en calidad y como con Países, provincias y Estados libres, sobre los cuales no pretenden cosa alguna, y que hacen con ellos en nombre y con las calidades susodichas, por estas presentes letras, una tregua con las condiciones que aquí irán escritas y declaradas”⁶.

Según este tratado España y las Provincia Unidas se comprometían a cesar en los enfrentamientos bélicos durante doce años, aunque este plazo podría ampliarse si las negociaciones fructificaban.

La dicha tregua será buena, firme, leal, e inviolable, y por el tiempo de doze años, durante los cuales habrá cessación de todo acto de hostilidad⁷

España se comprometía a levantar el embargo que prohibía a la Provincias Unidas de comerciar con el resto de Europa y de América

⁵ Ibídem, pp. 237-238

⁶ El Texto completo del Tratado se encuentra recogido por Juan Roco de Campofrío. ROCO DE CAMPO FRÍO, J. Op. Cit, p. 348

⁷ Ibídem p. 348

*Podrá también franquear, y estar en los países el uno del otro, y ejercer en ellos su trato y comercio con toda regularidad, así por mar y otras aguas, como por tierra*⁸.

Prohibiendo el corso que antes se hacía:

*No podrán así mismo los comerciantes, maestros de navíos, pilotos, marineros ni sus navíos, mercaderías, géneros y otros bienes pertenecientes a ellos ser embargados, ni detenidos*⁹.

Se concede una cierta autonomía a las provincias que continúan bajo la soberanía de la Monarquía Católica, estableciendo que serán los Archiducos conjuntamente con los Estados quienes nombrarán a los magistrados de justicia y de gobierno de las ciudades.

*Los dichos señores Archiducos y Estados nombrarán cada uno por su parte los Magistrados y Oficiales para la administración de la Justicia y buen gobierno de las ciudades*¹⁰

También se establece una amnistía a todos los prisioneros de guerra de ambos bandos.

*A todos los prisioneros de guerra se dará libertad de una y otra parte, sin pagar rescate*¹¹.

Con la firma de esta paz los únicos verdaderamente perjudicados eran los soldados españoles, que desde hacía cuarenta años habían regado los campos de los Países Bajos con su sangre, y que ahora se veían obligados a abandonar sin tener en cuenta sus sacrificios, las pagas que se les debía y las familias que abandonaban sin ningún recurso y mal vistas por los naturales del país por haberse casado con los españoles o por ser hijos de los mismos.

⁸ *Ibíd.*, p. 349

⁹ *Ibíd.*, p. 350

¹⁰ *Ibíd.*, p. 352

¹¹ *Ibíd.*, p. 354

7.- Conclusiones

La guerra de los Países Bajos supuso un paradigma de los conflictos armados de la Edad Moderna. En esta rebelión nos encontramos con nuevas actuaciones y nuevos problemas que hasta estos momentos no se presentaban en las guerras.

La rebelión de los Países Bajos, iniciada a mediados del siglo XVI, comenzó con los medios y las formas habituales en estos tiempos, sin embargo, en un breve espacio de tiempo todo cambió. Varios son los factores que podemos destacar: la participación de la sociedad, la utilización de la propaganda, la internacionalización del conflicto, la importancia de la economía y el factor religioso.

La participación de la sociedad fue de gran importancia en esta guerra. Esta revuelta, que surgió como un conflicto fundamentalmente entre el rey y la nobleza que veía como perdía parte de su poder y su influencia en el reparto del mismo, se acabó convirtiendo en una verdadera revolución social, en la que la burguesía se convertía en el grupo social que abanderó el conflicto, reivindicando una posición política que se amoldase a situación social. La rebelión de los Países Bajos se puede calificar como la primera revolución burguesa de la Edad Moderna, contra una sociedad feudal.¹²

Desde los primeros momentos del conflicto, los rebeldes utilizaron de forma precisa y fructífera la propaganda como un arma más, todo ello gracias a Guillermo de Orange, quien vio la fuerza que podía tener la propaganda para poder ganar un conflicto que en el campo de batalla no podía ganar. Tan fructífera fue la utilización de la propaganda por parte de parte de los rebeldes, que las actuaciones de las tropas españolas eran conocidas en toda Europa, mientras que las de los rebeldes, en especial las de los calvinistas en los primeros momentos de la revuelta, con saqueos, destrucciones y quemas de

¹² FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, M. Op. Cit, p. 549.

templos e imágenes, así como la persecución y asesinato de religiosos y seglares no se conocían, y por lo tanto es como si no se produjesen.

Como decía don Luis de Requesens

*“Todo el mundo está convencido de que los rebeldes tienen razón. El rey no puede imaginar hasta qué punto la opinión pública está de su parte. Crean todo lo que ellos dicen como si fuera palabra de Evangelio”*¹³.

Pero donde más importancia tuvo la propaganda fue en el ámbito propiamente político, ya que el levantamiento contra el señor de la tierra era un hecho de grandísima trascendencia en toda Europa, pues podía servir de ejemplo a otras rebeliones y levantamientos contra el poder establecido; sin embargo, Orange supo aprovechar perfectamente la propaganda para presentar esta rebelión como una actuación correcta contra un tirano, un señor natural que actúa de forma contraria a sus súbditos, contrariando sus intereses, por lo que un levantamiento contra él, no suponía un acto ilegítimo, sino todo lo contrario, un acto conforme a derecho, pues el levantarse contra el tirano estaba justificado. El mayor ejemplo de esta propaganda justificativa lo encontramos en la “Apología” escrita por Orange, en la que se tacha a Felipe II de asesino, bígamo, parricida, etc.

El factor religioso de este conflicto fue muy importante, aunque no fue igual en todo momento. En su inicio, la libertad religiosa fue presentada como uno de los elementos claves del conflicto, ya que era reivindicado por una gran parte de la sociedad de los Países Bajos; sin embargo con el paso del tiempo, y el transcurrir de los acontecimientos esta cuestión fue cambiando. La actuación de los calvinistas, en la revuelta de 1566, fue tan salvaje, o incluso más, que la persecución de los herejes por la autoridad real, lo que empezó a cambiar la idea que los católicos tenían de aquellos y de la tolerancia. Esto se agravó en la década siguiente, cuando, tras la

¹³ Carta escrita por Requesens a Felipe II informándole de las conversaciones con católicos y protestantes. GACHARD, L.P. *Correspondance de Philippe II sur les affaires des Pays-Bas*. Bruselas-Gante 1848-1851, III, p. 340-341.

muerte de don Luis de Requesens, el protestantismo se convirtió en la bandera de la independencia de los Países Bajos¹⁴, por lo que se convertía en la religión oficial de la nueva entidad política, lo mismo sucedió cuando los protestantes consiguen hacerse con el poder en tierras principalmente católicas, donde actuaron de forma contraria a los intereses de los católicos, provocando un rechazo que se manifestó en la unión de Arras, y en las declaraciones de Bruselas, en las que se ponía claramente de manifiesto que se hacían con el fin de salvaguardar la fe católica frente al peligro que suponía el calvinismo.

La importancia de la economía en esta guerra ha sido puesta de manifiesto por algunos autores, como Parker¹⁵, para los que la duración de este conflicto se debió fundamentalmente a razones económicas, pues el que la monarquía católica dedicase los recursos a otras necesidades supuso que, en momentos en los que la guerra era más que favorable a los intereses españoles en estas tierras y se llegaba a dominar casi la totalidad del territorio, se fuesen perdiendo mucho de lo conseguido y los rebeldes, siempre atentos y hábiles, aprovecharon las oportunidades que se les presentaban.

En efecto la economía marcó este conflicto; la falta de recursos, en muchos momentos marcó no sólo el devenir del mismo sino su duración, pero este aspecto económico estaba marcado por la política. Como reconoce la doctrina, el poderío de la monarquía española, tanto económico como militar, era superior al de cualquier otra monarquía europea, pero el mantenimiento de diferentes frentes, Italia, Flandes, el Mediterráneo, era imposible. Por ello es la política la que marca donde y cuando se aplican estos recursos militares y económicos.

Así, el peligro que las fuerzas turcas suponían para la seguridad del Mediterráneo, hizo que hasta que no se tuvo un momento de alivio en este frente no se mandasen fuerzas suficientes para aplastar la rebelión de los Países Bajos, y principalmente tras la victoria de Lepanto. De igual manera, cuando Felipe II se encuentra

¹⁴ FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, M. Op. Cit. p. 538.

¹⁵ PARKER, G. (1986), *España y los Países Bajos*, p. 21.

con la posibilidad de hacerse con la corona de Portugal, como herencia de su madre la emperatriz Isabel, es una decisión política la que decide destinar a esta acción los recursos humanos y económicos que, si se hubiesen destinados a Flandes, hubiesen sido decisivos en un momento en el que casi todo el país estaba controlado por las fuerzas reales. Lo mismo sucedió cuando Felipe II decidió que la salvaguarda del catolicismo en Francia era una cuestión más importante que la situación en Flandes, donde las tropas mandadas por Alejandro Farnesio controlaban casi todo el territorio, y el mismo gobernador señalaba al rey que si se mandaban los recursos a la guerra de Francia se perdería lo que tanto había costado conquistar.

Por último debemos hacer una breve referencia a la internacionalización del conflicto. Desde los primeros momentos podemos ver como se produjo una internacionalización, que podemos relacionar con varias cuestiones.

La primera sería la propia configuración de las diecisiete provincias, las cuales tenían una vinculación diferente, unas estaban vinculadas a la corona de Francia, otras al Imperio y otras eran independientes, por ello las potencias europeas, principalmente Francia y el Imperio, estaban interesadas en este conflicto. La segunda sería el factor religioso, pues tras el exilio de gran número de rebeldes, entre ellos algunos de los que después serían sus cabecillas, a territorios gobernados por protestantes, alemanes luteranos, franceses hugonotes e ingleses anglicanos, consiguió una vinculación de estos tres grupos protestantes que se implicaron en la guerra, en especial los calvinistas franceses y de otras tierras.

Desde los primeros momentos vemos como los rebeldes se alían con los hugonotes franceses, encabezados por el almirante Coligny y con los luteranos alemanes, de quienes recibirán ayuda militar y política; también vemos como Isabel I de Inglaterra apoyará a los rebeldes flamencos permitiéndoles utilizar los puestos del sur de Inglaterra para poder hacer guerra de corso y piratería contra las naves reales.

No solamente se aprecia esta internacionalización en la participación directa en el conflicto, sino en cuestiones que podemos calificar diplomáticas, como sucedió tras las primeras actuaciones del duque de Alba en los Países Bajos, cuando en el otoño de 1568, el Emperador Maximiliano II envió a su hermano Carlos a la corte de Madrid para que aconsejase a Felipe I que actuase con más clemencia; y por los mismos hechos, la reina Isabel I presionaba al embajador en Londres, Diego Guzmán de Silva, para que la actuación en Flandes no fuese tan dura.

Sin embargo, la internacionalización alcanzó su culmen cuando ya de forma directa participaban en esta guerra Inglaterra, Francia y Alemania. Inglaterra mandaba un ejército de siete mil hombres al mando del duque de Leicester, Francia invadía el sur con un ejército al mando del duque de Anjou, y por el norte entraba un ejército alemán mandado por Juan Casimiro.

A lo largo de esta rebelión, los rebeldes ofrecieron el gobierno de los países Bajos al archiduque Matías, al duque de Anjou o al duque de Leicester, lo que en verdad suponía ofrecérselo al emperador, al rey de Francia y a la reina de Inglaterra, todo ello con tal de encontrar un señor natural diferente al rey Felipe II.

Aunque se ha venido diciendo que la internacionalización de este conflicto se debió a la defensa de los protestantes flamencos y a los habitantes de los Países Bajos de un soberano tirano, esta participación internacional se debió fundamentalmente a los intereses políticos de los diferentes reinos europeos. La Guerra de los Países Bajos suponía un conflicto de la Monarquía Católica que podía ser utilizado por los enemigos de ésta en su propio provecho pues el debilitamiento de España suponía ventajas para ellos, la multiplicidad de conflictos beneficiaba a todos sus enemigos, la guerra en Flandes beneficiaba a Francia, a Inglaterra e incluso al turco, que veían como el mantenimiento de un ejército en estas tierras imposibilitaba mantenerlo en otro lugar.

En esta línea se expresa el embajador de Francia en Constantinopla, quien en una carta lo explica perfectamente

“Le expliqué el éxito de los negocios del príncipe de Orange en los Países Bajos, añadiendo que era consecuencia tan sólo del favor, hombres y dinero que el rey de Francia le había proporcionado hasta ahora secretamente...y a los que el Sultán debe también comenzar a contribuir...Y que por el beneficio y ventaja que procede de ellos, el rey de Francia había aceptado seguir pagando al dicho príncipe cien mil coronas cada mes, como ya he dicho durante dieciocho meses, con tal que el dicho Sultán pagase otro tanto, considerando que el asunto le afecta más que a ningún otro”¹⁶.

La internacionalización del conflicto de Flandes tuvo su punto culminante en su reanudación tras la tregua de los doce años, en el marco de la guerra de los treinta años, concretamente con los tratados de paz de Osnabrück y Münster que ponían fin a esta guerra, en los que los países ganadores imponían a España la independencia de las Provincias Unidas de los Países Bajos y su reconocimiento como estado soberano.

La guerra de los Países Bajos supuso para la Monarquía Hispánica un permanente desgaste económico, político y militar y una inmensa pérdida de vidas humanas, las de los hombres de los tercios españoles que dejaron su sangre en los fríos campos de Flandes, sin recibir sus pagas por ello y sin recibir siquiera un reconocimiento de su patria, que les llegó a abandonar a su suerte en muchos casos, aunque ellos nunca dejaron de cumplir sus obligaciones sin miedo a perder con ello la hacienda y la vida, pero nunca el honor, pues,

*...el honor es patrimonio del alma
Y el alma solo es de Dios...*

¹⁶ PARKER, G. *España y los Países Bajos*, p. 25.

8.- Bibliografía

- BENTIVOLLO, CARDENAL. La guerra de Flandes desde la muerte del Emperador Carlos V hasta la conclusión de la tregua de los doce años. Traducida por Basilio Varen, Amberes. Copia digitalizada disponible en http://books.google.es/books?id=R0hDAAAACAAJ&pg=PA255&lpg=PA255&dq=CARDENAL+BENTIVOLLO.+LA+GUERRA+DE+FLANDES&source=bl&ots=4BjwU0Cwy_&sig=zH6qSa2EAKtA6O8jMQBWNfIAYA&hl=es&sa=X&ei=tUoDU8y4L8zH7AaxvIDwBQ&ved=0CFIQ6AEwBg#v=onepage&q=CARDENAL%20BENTIVOLLO.%20LA%20GUERRA%20DE%20FLANDES&f=false /Consultada el 12 de febrero de 2014)
- CAJAL VALERO, A. (2006) Domingo de Zabala: la guerra y la hacienda (1535-1614), Fundación L. de Zabala y Fernández de Heredia, Bilbao.
- CHAUNU, P. (1960) “Séville et la Belgique, 1555-1648” en *Revue de Nord*, num. XLII.
- COLOMA, C. (1627) *La guerra de los Estados Baxos desde el año de mil quinientos ochenta y ocho, hasta el de mil quinientos noventa y nueve*, Barcelona. Copia digitalizada disponible en http://books.google.es/books/about/Las_Guerras_de_los_Estados_Baxos_desde_e.html?id=SbFWAQjtxvoC&redir_esc=y. (Consultada el 7 de febrero de 2014)
- EBBEN, M.A. (1998), “Felipe II y la rebelión neerlandesa en la historiografía holandesa de 1830 hasta 1960” en *Felipe II (1527-1598), Europa y la monarquía católica*. Vol. 4, Editorial Parteluz, Madrid.
- ECHEVARRÍA BACIGALUPE, M.A. (1998): *Flandes y la monarquía hispánica, 1500-1713*, Madrid, Ed. Sílex.
(2005): *Guerra y economía en Flandes, siglos XVI y XVII*. Madrid

- ESTEBAN ESTRÍNGANA, A. (2009) “La Tregua de los Doce Años: fracaso del principio de reunión pactada de los Países Bajos bajo el dominio de los Archiduques”, *Pedralbes*, 29, pp. 95-157,

- ESTRADA, FAMINIANO. (1701). *Segunda década de las guerras de Flandes desde el principio del gobierno de Alejandro Farnesio, tercer duque de Parma y Plasencia*. Traducida por Melchor de Novar, Tercera impresión, Amberes, copia digitalizada disponible en:
http://books.google.es/books?id=6ljRUoSA_tEC&pg=PA155&lpg=PA155&dq=segunda+d%C3%A9cada+de+la+guerra+de+flandes&source=bl&ots=HqkKmsk72v&sig=dxoq33lz-5dqgixk5ixAx8wIPy0&hl=es&sa=X&ei=jCQDU6uCBamM7AaO1IBQ&ved=0CDQQ6AEwAQ#v=onepage&q=segunda%20d%C3%A9cada%20de%20la%20guerra%20de%20flandes&f=false (consultada el 9 de febrero de 2014)

- FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, M. (1998) *Felipe II y su tiempo*, Editorial Espasa, Madrid.

- GACHARD, L.P. (1848-1851) *Correspondance de Philippe II sur les affaires des Pays-Bas*, Bruselas-Gante

- GIMENO VIGUERA, J. M., GÓMEZ RIVAS, F.A., GUIRAO DE VIERNA. A. (1982) “Un estudio comparativo: las Comunidades y la independencia de los Países Bajos (factores desencadenantes)”, *Cuadernos de Historia Contemporánea*, nº 3, pp. 231-257, UCM, Madrid.

- GOSSART, E. (1905) *Espagnols et Flamands au XVI siècle: l'établissement du régime espagnol dans les Pays as et l'insurrection*, Bruselas.

- H. M. WESSELS, L (1999), “Tirano o soberano. La imagen cambiante de Felipe II en la historiografía holandesa hasta Fruin (siglos XVI-XIX)” en *Cuadernos de Historia Moderna*, nº 22.

- JIMÉNEZ MARTÍN, J. (1999) *Tercios de Flandes*. Ediciones Falcatá Ibérica, Madrid.

- KAMEN, H. (2004) *El Gran Duque de Alba: soldado de la España Imperial*. La esfera de los libros, Madrid

- LAFUENTE, M. (1887-1890). *Historia General de España desde los tiempos primitivos hasta la muerte de Fernando VII*, Barcelona, Tomo X, pp. 96-97. Copia digitalizada disponible en: <http://bibliotecadigital.jcyl.es/i18n/consulta/registro.cmd?id=7259> (consultada el 6 de febrero de 2014)

- LINDSAY, T.M. (1986) *La reforma y su desarrollo social*, Libros CLIE, Tarrasa.

- MARTÍNEZ MILLÁN, J y CARLOS MORALES DE, C. J. (2011), *Religión, política y tolerancia en la Europa Moderna*. Editorial Polifemo, Madrid.

- MELLINK, A.F. (1974). *Texts Concerning the revolt of the Netherlands*. Cambridge University Press, Cambridge, doc. 24 p. 133-134. Copia digitalizada disponible en: http://www.dbnl.org/tekst/koss002text01_01/koss002text01_01_0026.php (consultada el 5 de febrero de 2014)

- MENDOZA, DE, B. (1591), *Comentarios de don Bernardino de Mendoza, de lo sucedido en la Guerra de los Países Bajos, desde el año de 1567 hasta el de 1577*. Madrid. Copia digitalizada disponible en: http://books.google.es/books?id=54G5MclHRpUC&q=rebeldes&hl=es&source=gbs_word_cloud_r&cad=4#v=snippet&q=rebeldes&f=false, (consultada el 24 de enero de 2014).

- PARKER, G. (1985) *El ejército español de Flandes y el Camino Español (1567-1659)*, Alianza Editorial, Madrid.
(1986), *España y los Países Bajos (1559-1659)*, Editorial Rialp, Madrid.

- (1989): *España y la rebelión de Flandes*, Editorial Nerea, Madrid.

- ROCO DE CAMPOFRIO, J. (1973). *España en Flandes. Trece años del gobierno del archiduque Alberto (1595-1808)*, Madrid.
RODRÍGUEZ, I y MÍNGUEZ, V. (2010) “Muerte en Deft” en *Potestas, revista del Grupo Europeo de Investigación Histórica*, Nº 3.

- SMIT, J.W. (1972) “La revolución en los Países Bajos” en *Revolución y rebeliones de la Europa Moderna*, Alianza Editorial, Madrid.

- TILLY, C, (1993), *European Revolutions, 1492-1992*, Oxford.